

Lorenzo Palmireno. Cuentos

JOSÉ FRADEJAS LEBRERO

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Resumen: Se ofrece en este trabajo la recopilación de los cuentecillos que el gran humanista aragonés Lorenzo Palmireno incluye en sus libros; se trata de 294 textos —algunos muy breves y otros más extensos— que se presentan agrupados según la obra en la que aparecen (*El estudioso en la Aldea, Segunda parte de El Latino de repente, Vocabulario del Humanista, Oratorio de enfermos, El estudioso cortesano* y *Camino de la iglesia*) y que se acompañan, en ocasiones, de unas notas explicativas.

Palabras clave: Palmireno, cuentos, recopilación, edición.

Abstract: This work offers a compilation of the short stories that the great humanist of Aragon, Lorenzo Palmireno, includes in his books. There is a total of 294 texts, some very short and others a little longer, which are grouped together in agreement with the work they appear in (*El estudioso en la Aldea, Second part of El Latino de repente, Vocabulario del Humanista, Oratorio de enfermos, El estudioso cortesano* and *Camino de la iglesia*) and which are, at times, accompanied by some explanatory notes.

Key words: Palmireno, tales, compilation, edition.

INTRODUCCIÓN

Lorenzo Palmireno (Alcañiz, 1524-Valencia, 1597) es uno de los grandes humanistas españoles; ha sido estudiado por A. Gallego Bar-nés, primero en su Tesis de doctorado sobre los *Refraneros* en 1966, y luego en *Juan Lorenzo Palmireno. Un humanista aragonés en el Stu-di General de Valencia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1982. A partir de esta obra ha habido algunos otros estudios particu-lares sobre la risa o la emblemática y algunos otros ajenos, como el de las *Phrases y fórmulas* de M.^a Ángeles García Aranda. Sigue sien-do utilísima la *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, de D. José Simón, en cuyo tomo XVI dedica a Palmireno las páginas 486-498.

Picado por la curiosidad me dediqué un tiempo a leer sus obras y aprendí multitud de cosas interesantes y sorprendentes. A la vez fui recogiendo cuentecillos; no creo haberlos recopilado todos, pero casi, pues a veces se trasvasaron de una obra a otra, y fue tan grande la ten-tación que me puse a estudiarlos pero creo que es mejor darlos a cono-cer con unas notas iniciales sobre su origen, difusión e importancia. Me movió a ello esta afirmación:

Fábula... Est vermo falsus veritatene efficiens... Inventáronla los poe-tas, porque Hesiodo, 103 años antes que Esopo las usó. Y viendo los oradores cuánto mueven y persuaden, recreando el auditorio, danlas a los niños para primer ejercicio. Aristóteles en el Libro segundo de su Rethórica las cuenta entre las probaciones rethóricas. Hanse valido con esta muchos sabios como Menenio Agrippa, qui plebem cum patribus, etc. con los miembros rebellados al estómago, Themístocles con la vul-peja llena de moscas movió a los atenienses, que no mudasen corregi-dores. Y Demóstenes, con el cuento del lobo y los mastines, estorbó que los atenienses no enviassen los diez oradores al Rey Philippo...

Para aumentar la elocuencia, toma el librico de las Fábulas de Esopo, y escoje de allí la que más gusto te diere, trasládala en castellano, y después procura con gracioso estilo dilatarla.

II parte de *El Latino de repente*, pp. 39-40

Esto me recordó a Fernando Arcaei Beneventani o sea Hernando de la Torre, que obtuvo la Cátedra de Gramática en 1533, y la recu-rrió el Comendador griego Hernán Nuñez el Pinciano. Ese mismo año publicó sus *Adagiorum* Arce de Benavente [o H. de la Torre] donde el recién catedrático abrió su obra con la breve fábula de Aviano: *Fábula de la codorniz y de sus hijuelos*, bellísimamente amplificada en magníficos versos latinos.

Las obras utilizadas, y los ejemplares manejados, son los siguientes, todos de la Biblioteca Nacional:

1. *El estudioso en la Aldea*, 1571. U-10354.
2. *Segunda parte de El Latino de repente*, 1573. R-308.
3. *Vocabulario del Humanista*, 1575. R-12431.
4. *Oratorio de enfermos*, 1580. R-17208.
5. *El estudioso cortesano*, 1587. U-1394.
6. *Camino de la iglesia*, 1575. R-12431

CUENTOS DE LORENZO PALMIRENO

EL ESTUDIOSO EN LA ALDEA

1

Assí Scipión quando conquistó a Siria, echó dos mil rameras de su ejército, porque no perdiesen las fuerças sus soldados, como lo cuenta Val. Max., Libro 2.

2

Un sabio fue elegido rey, y al tiempo que le daban la corona, túvola gran rato en las manos diziendo:

—Oh noble, más que dichosa, corona, si conociésemos cuanta congoxa y peligro traes, no te querríamos alçar de tierra, aunque te hallásemos muy adornada.

3

Tenía Adriano un mortal enemigo, y en este tiempo fue elegido emperador de Roma; y andando por la calle, toposse con él, el cual se mudó mucho en el color del rostro. El emperador Adriano riendo díxole:

—¡Cómo te me has escapado!

4

Y habríamos de tener vergüença ver a Sócrates con el que le dio la coza.
Y con Xantiphe y Crates, quando le dio el bofetón Nicodromo el músico.

5

Año 1558. En setiembre hizo uno de Exea de los Caballeros ahorcar su

muger por adúltera en Çaragoça, sin que bastasen ruegos de personas devotas.

Estábamos comprando unos libros, quando la passaban por la Cuchillería, uno de la compañía suspiró muy agramente; dixímosle si era parienta suya; dixo:

—No, pero ha veinte años que maté en Monçón a mi muger y a un clérigo sin confesión; tuve harto que hazer en huir de la justicia, no me ahorcasen; agora ni el mundo se acuerda de mi hazaña, ni puedo sossegar de lo que hize: y si yo la despidiera de mi casa, restituyéndola a sus parientes, e la encarcelara, o la tuviera cerrada en mi casa, conservara la alma della, dándole tiempo para penitencia, y meresciera que Dios me perdonara.

6

Un religioso llamado Stéphano, habiendo morado muchos años en un monasterio con grandes lágrimas y ayunos, edificó una celda a la raíz del monte, donde Helías vio la sagrada visión, y después desseando hazer más áspera penitencia, passose a Sidei, lugar de las monges anachoritas, setenta millas fuera de poblado. Al fin de la vida, volvió a la primera celda, donde había dos discípulos suyos de Palestina y passados pocos días en ella cayó en una enfermedad de que murió. Un día antes de su muerte, súbitamente, quedó atónito, y teniendo los ojos abiertos, miraba a la una parte y a la otra de la cama. Y como si estuvieran allí algunos que le pidieran cuentas respondía:

—Assí es, mas por esso ayuno tantos años.

Otras vezes decía:

—No es assí, mentís, no hize tal cosa.

Otras decía:

—Assí es verdad, mas lloré, y serví tantas vezes a los próximos por esso.

Y otras vezes dezía:

—Verdaderamente me acusáis, no tengo aquí decir sino que hay en Dios misericordia.

Era por cierto espectáculo muy horrible y temeroso ver aquel invisible juicio.

Miserable de mí, que será de mí, pues aquel tan sancto en algunos peccados dezía que no tenía qué responder, y había cuarenta años que era monge, y había alcanzado gracia de lágrimas; habiendo testigos muy ciertos, que vieron a este padre en el yermo como daba de comer a un león pardo por su mano; y siendo tal, partió desta vida, pidiéndosele tan estrecha cuenta, dexándonos inciertos cuan fuesse su juicio, cual su término y cual la sentencia de su causa.

7

Cuenta el mismo sancto que fue a un monasterio de un desierto, donde vio muchos sanctos penitentes toda la noche al sereno, velando, sin moverse de un lugar, y cuando ya el sueño los vencía, peleaban consigo mismos, y deshonorábanse con palabras injuriosas, quitando el sueño de los ojos puestos en el cielo, con lágrimas pedían perdón. Otros vestidos de sacos y cilicios como el publicano, derribados sus rostros, herían las frentes en tierra con amargura de corazón.

Entre estos había muchos que tenían el suelo bañado con lágrimas. Otros que porque les faltaban estas lágrimas, dolorosamente se quejaban. Muchos dellos, como se suele hazer sobre los muertos, hazían llanto sobre sus almas llorando y lamentando la caída dellos. Allí víerades aquellos santos penitentes andar entristecidos, inclinados hazia la tierra. No se oían entre ellos otras palabras sino estas:

—Miserable de mí, miserable de mí, justamente, justamente; perdona Señor, perdona Señor.

Muchos dellos tenían las lenguas sacadas a fuera a manera de perros sedientos, traspasados, y desseguidos con la grandeza de la sed. Otros se estaban quemando al resistidero del val en medio del estío. Y otros por el contrario se dexaban estar helando en medio del invierno al frío y al sereno. Otros comían un poquito de pan, lo demás arrojaban de sí, diciendo que no eran merecedores de manjares de hombres, pues habían hecho obras de bestias. Pues qué cosa era ver la figura y mal tratamiento de sus cuerpos, los rostros tenían como defunctos, los ojos sumidos de flaqueza, las mejillas quemadas y embermegescidas, los pelos de las cejas caídos con el continuo llorar, en las rodillas tenían hechos callos a la manera de camellos, con el continuo uso de la oración: los pechos tenían tan quebrantados de dar golpes en ellos que muchos escupían la saliva mezclada con sangre. Rogaban estos bienaventurados al padre del Monasterio, que era un verdadero ángel entre hombres, que les echase cadenas al cuello y a las manos, y los metiese de pies en un brete, y no los sacase de allí, hasta que los llevasen a la sepultura, y aun de la misma sepultura se hallaban indignos.

Mas cuando ya se llegaba la hora de espirar, entonces era ver otra cosa de gran temor. Poníanse al alrededor de la cama del que moría, y con muy encendidos desseos, con rostros y palabras dolorosas, le preguntaban diciendo:

—¿Cómo te va hermano? ¿Cómo se haze contigo? ¿Qué nos dizes? ¿Qué esperanza tienes? ¿Qué piensas que será de ti? ¿Has por ventura alcançado lo que buscabas? ¿Has llegado a puerto de salud? ¿Has sentido dentro de tu corazón alguna nueva luz? ¿Has oído allá dentro alguna voz que te dixesse tus peccados te son perdonados? o ¿tu fe te hizo salvo? o, por ventura ¿has oído otra voz que te diga: desciendan los peccadores al infierno, y todas las gentes que se olvidan de Dios? o ¿atados de pies y manos, echadlos en las tinieblas exteriores? ¿Qué nos respondes, hermano? Dinos algo, para que sepamos lo que nos está guardado, porque tu pleito está ya para concluir, y lo que agora recibieses, nunca para siempre lo mudarás, mas nuestra causa está pendiente, y queda por sentencia.

A estas preguntas algunos dellos respondían:

—Bendito sea el Señor, que no permitió que fuésemos llevados en los dientes de los enemigos.

Otros más tristemente respondían:

—Hay de aquella ánima que no guardó su profesión enteramente; porque agora entenderá bien lo que les está guardado.

(Estos dos cuentos se repiten en *El Camino de la Iglesia*)

8

Los huevos de la avestruz colgados en los templos son para mover admiración a los laicos, como cosa rara, y también porque esta ave es descuidada, y déxase los huevos en la arena; y viendo cierta estrella, acuérdase y buelve, y con sola la vista los cova.

9

Dixo un caballero a un médico:

—Para el día que esta larga calentura cessará, yo os prometo este plato de plata.

Passados tres días, dixo uno:

—Señor doctor, mire que mi amo ya no tiene calenturas.

Respondió el médico:

—Amicus Plato, amicus Sócrates, sed magis amica veritas; pues yo hallo otra cosa en el pulso.

10

El Duque de Sessa, tratando con el papa Adriano de echar en el río a maestre Pasquín, que es una estatua de piedra, a donde cada mañana amanescen mil papeles llenos de malicias, dixo:

—Padre sancto, no hay que echar a Pasquín en el río, porque por muy hondo que caiga, no dexará de cantar como rana.

Y respondió el Papa:

—Pues quémenle, y hagan dél cal para cimientos.

Replicó el Duque, sonriéndose:

—Beatísimo padre, si los poetas ven quemar a su patrón, ¿quién quita que no quieran celebrar su martirio con verdad y elegías, y con sus crueles plumas vengar su muerte?

11

Filoxeno

Lo de Philoxeno, que se ponía el pescado en la oreja en la mesa de Dionisio.

Esta escueta alusión tiene tras sí una curiosa narración; al convidado menos importante, que ha echado un vistazo a la cocina, le ponen un pescadito que, en lugar de comerlo, se lo lleva al oído. Extrañado el anfitrión pregunta por qué. Responde que le preguntaba por su padre que había naufragado, hace unos años, y el pescadito responde que él es muy chico y no sabe, pero que quizá lo sepa el gran pescado que hay en la cocina. Aparece por vez primera en el *Banquete de los sabios*, I, 11.

Constituye el tipo 1567c y lo atribuye a Filoxeno, además de Palmireno, el P. Feijoo, y figura como anónimo o atribuido a algún otro personaje, más o menos glotón o gourmet, en Turmeda (*Disputa del asno*, trad. de Barriobero, pp. 133-134), Timoneda (*Portacuentos*, núm. 3), Melchor de Santa Cruz (*Floresta española*, p. VI, cap. VIII, núm. 12, p. 113), Garibay (*Cuentos*, BAE, 176, p. 217b), Alonso López Pinciano (*Filosofía antigua poética*, ed. de Carballo, t. III, pp. 63-64), Felipe Mey (*Fabulario*, núm 5) y, en el s. XVIII, el P. Feijoo («Chistes de N.»), *Teatro Crítico*, t. VI, pp. 400-401); don Pío Baroja lo utilizó por dos veces: una en *Zalacaín el aventurero* (en *Obras Completas*, t. I, p. 216) y en *Bagatelas de otoño* (ibíd., t. VII, p. 1271).

Por lo que pueda haber de relación quiero recordar la versión de La Fontaine (VIII, 8) y Theópholo Braga (*Contos populares*, ed. Don Quijote, t. I, p. 230: *Os peixes do guardiao*). No recuerdo ninguna versión folk en español.

12

Don Alfonso x el Sabio. 1252. Rey duodécimo casó con doña Violante [hija] del rey don Jaime de Aragón: y como en mucho tiempo no parió, embió a Dinamarca, o Noruega, pero Christiana hermosíssima interim gravida uxor haec Philippo fratri mox vellum. Christiana murió de pesar.

13

Porque no quiso volver a Grecia, sus soldados entoxigaron a Alexandro, y porque se llamaba señor del Universo le reprehendió Aristóteles diziendo:

—Hasta que tengas todo el río Ganges, no tomes tal título.

14

Conquistando Annibal Calahorra entró y vio dos espadas que se combatían sus hombres.

15

Venía un rústico a ciudad, y sintió una brava mordedura en el pescueço, corrió hazia mí, y quando llegó todo hinchado no podía hablar, señalaba con el dedo y ahogábase, vi la señal de carbunclo, o otra cosa, creí que alguna araña traía de la huerta en el sayo, dile boloarmenio, curiol Dios.

16

No parece sea verdad haberse casado las hijas del Cid con príncipes de Aragón y Navarra, siendo vivos sus maridos, los Infantes de Carrión: pues ni don Lucas de Tuy, ni don Rodrigo, arzobispo de Toledo, ni las crónicas de Aragón

escriben tales casamientos: aunque por otra parte parece verdad en aquel cantar antiguo: Tres cortes armó el buen Rey, / Todas tres a una sazón.

17

Ejemplo gracioso del Toro borracho, leerás en el doctor Laguna, Libro IV, cap. 19, 207.

18

El conde Fernán Gonçález yendo a pelear con Almançor, rey moro, vio a su gente desmayada, porque abían visto que la tierra se abía tragado a Pero Gonçález de la Puente Fitero. Él los animó, declarando este prodigio: que pues la tierra no los podía sufrir, y se abría, tampoco los moros podrían.

19

El rey Aracam escogiendo moças hermosas de 12 años y una dozena dellas, se casa, mándalas muy bien lavar en baños, vístelas de ropa de algodón, y en cada ropa escriben el nombre de la moça, y cúa hija es, mándalas poner al sol en una açotea que haya buen resistidero, y están de la mañana al medio día hasta que sudan fuertemente, y después quítanles las ropas sudadas, y la ropa que mejor huele, es de la que él toma por mujer y reina. Si hoy se pudiesse escoger assí el esposo y esposa, no habría mal francés, ni parirían los hijos podridos.

20

Iba el poeta Dante hecho máscara, y mandábale buscar el Duque de Ferrara, no le hallaban; imaginaron otras máscaras, y uno de ellos iba diciendo:

—¿Qué sabe lo bene? ¿Qué sa lo bene?

No pudo él disimular y respondió:

—Qui ha gustato lo male.

Assí le hallaron.

21

Disfrutaban muchos cuál era la cosa más ligera del mundo.

Respondían unos, el ciervo; otros el avestruz; otros la saeta; otros el entendimiento. Dixo uno:

—Más ligero es el cuerno porque a la hora que una muger haze aquí cornudo a su marido, tan cornudo es en México, si allá está, como lo podría ser si presente estuviesse.

22

Estando Alexandro en grandíssimo peligro de su vida, y su ejército casi perdido, se encendió tanto en cólera, que de puro enojo, començó a sudar gotas de sangre por todo el cuerpo, las cuales parecían a sus enemigos llamas de fuego,

que salían por los ojos y cara; de que espantados y asombrados, comenzaron a huir uno a uno y le dexaron solo.

23

De un clérigo de Calamensa cuenta Sanct Agustín, que siempre que quería arrebatarse en contemplación lo hacía tan a su plazer y gusto, y con tan profundo olvido de las cosas de acá, que tendido en el suelo, no sentía los cauterios de fuego ardiendo que le applicaban, y tornando en sí, contaba estrañas cosas que había visto.

24

Del philósopho Atheo que Herodo cuenta que de tal manera se arrobaba, como si dexara el cuerpo en casa y se fuera a passear; cuando volvía en sí, contaba de pueblos cosas que a aquella hora había visto, y después hallaban ser verdad.

25

Mirando un niño en un espejo, se arrebató, y cuando volvió en sí prophetizó al emperador Iuliano el desastre que le sucedió después, cómo venían sus enemigos y quiénes eran los que lo habían de matar, sin haberlo oído a nayde.

26

Otro philósopho mostró en un espejo el campo de sus enemigos aparejado y puesto en orden para dar batalla.

27

Admirable cosa fue la de aquellas dos hermosas doncellas de Italia.

Estaban en una villa pequeña, y en tiempo de guerra, aguardaua cada hora que vernían los soldados de monsieur Lotrech, concertáronse las dos, que eran vezinas, de ponerse en los pechos media gallina, y apartose la una a otra calle, a casa de una parienta. Llegaron los soldados con toda furia robando, y como vio uno la hermosura de la una començó de guardarla para sí, defendiéndola de los otros como cautiva suya, y después quando quiso gozar della, dixo:

—Señor, yo quedo muy obligada a v. m. y como tengo el cáncer o çaratán en las tetas no creo querrá recibir mi servicios.

Abrió los pechos y salió la corrupción del quarte de gallina, que todo el día auía llevado caliente en sus carnes. El soldado de asco dale un bofetón y fuesse.

Casi lo mismo acaeció a la otra y guardaron su virginidad.

28

De Sant Bernardo Abbad (el cual murió año 1153) se lee que tantos milagros hacía después de finado y sepultado, que era sin cuento la gente que venía a su iglesia, por lo cual recibían gran inquietud los monjes del monasterio. Vis-

to esto por el abbad, va a la sepultura de Sanct Bernardo, y mandole por obediencia que no hiziese más milagros, porque el convento recebía desassossiego con la frecuencia de la gente que venía a pedir socorro. Cosa maravillosa, que el defuncto obedeció la voz del abbad, y de allí adelante cessó de hazer milagros.

29

La profecía

1025. El conde Lupoldo, habiendo enojado al emperador Conrado, huyose con su casa a un bosque. Passados algunos años, el Emperador aportó una noche a aquella casa donde estaba aquel conde con su muger, la cual estaba con dolores de parto; y como el niño naciese, fuese dicho al Emperador tres vezes, por una voz manifiesta:

—Conrado, este niño que nació ha de ser tu yerno.

Espantado de aquello mandó a dos caballeros de los suyos que tomassen aquel infante de las manos de su padre y le partiesen por medio, y le traxessen el corazón, porque no se cumpliese lo que había oído, lo cual hizieron los caballeros. Pero, habiendo lástima del niño, no lo quisieron matar, más pusieronle sobre un árbol en sus pañales porque no le comiesen las fieras, para que hiciese Dios dél lo que le pluguiesse.

Estando allí el niño, vino por aquel lugar un duque a caça, y como oyesse los vagidos tomole secretamente y llevole a su casa; y házele batizar y ponerle nombre Henrique, y dize a todos que era su hijo legítimo (por cuanto ambos eran estériles y no podían haber generación). Y así le crió con mucho regalo. El cual creciendo se hizo tan dispuesto y gracioso que, allende ser muy quisto de todos, se le pidió el Emperador al duque, para que le sirviesse en su palacio y mesa.

Pero pensando en sí mesmo que aquel infante debía de ser aquel que él había mandado matar, acordó de enviarle a la Emperatriz unas letras que dezían:

—En llegando Henrique, hareisle matar, si me queréis bien.

Iban estas letras selladas del sello imperial.

Como se parasse Henrique en una iglesia para descansar y hazer oración, puso acaso la barjuleta en que iba la carta sobre un banco descuidadamente. El clérigo de aquella iglesia, por curiosidad, abrió la barjuleta sin que Henrique lo viesse, y viendo la carta que había enderezada a la Emperatriz, trató de abrirla sin quebrar el sello.

Y como viesse aquella traición tan grande y cuán engañado iba aquel caballero (porque en su aspecto parecía generoso) rayó aquella letra a donde dezía que luego le hiciesse matar y puso:

—En llegando Henrique le casaréis luego con mi hija, si bien me queréis.

Y tornó a cerrar la carta lo mejor que él pudo, y a ponerla en la bolsa, sin que el mensagero lo viesse.

Pues va el Infante a la Emperatriz, la cual como viesse el sello del Emperador, y lo que iba en la letra, pone luego en execución el casamiento de Henrique con su hija, y haze hazer muy señaladas fiestas, las cuales fueron tan grandes que vinieron a oídos del Emperador. De lo cual como inquiriesse muy de raíz,

y supiese de los caballeros, como no habían muerto al infante, y que el corazón que le habían mostrado era de una liebre muerta, ítem que el Duque había hallado aquel niño, y cómo había fingido ser su hijo y cómo el sacerdote sin otro respecto había mudado la sentencia de la carta, parecióle al Emperador que aquella venía de mano de Dios, y que así estaba ordenado, y aprobó el casamiento.

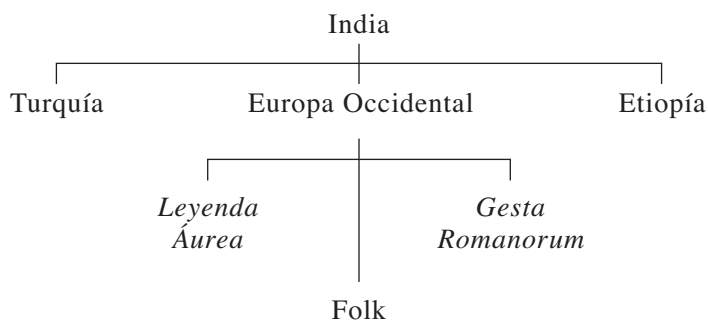
Es una variante literaria de una narración medieval (Palmireno la fecha en 1025). Se conoce folclóricamente con el título *La Profecía* y constituye el tipo 930. Se refiere al ascenso hereditario y prodigioso del emperador Enrique II o III. Se difundió históricamente en *crónicas*, literariamente en *leyendas* e, incluso, folclóricamente en breves narraciones.

Su origen está en la India, donde todavía persisten múltiples versiones que se remontan al s. III después de Cristo; sin embargo, ya existía una versión latina del s. I de Cristo que carece de la Profecía.

Para comprender esta afirmación basta con leer el cuento *El rey malvado y el príncipe adoptado que sobrevive a todas las pruebas* en la obra de Henry Parker, *La princesa de cristal y otros cuentos populares del viejo Ceilán*, Madrid, Páginas de Espuma, 2006, núm. 20, pp. 161-165.

Puede relacionarse con el origen de Habidis, legendario heredero de Gargoris, y con la leyenda de *Fridolín* o el *Paje de Santa Isabel*; y con las *Leyendas populares de Afanasiev*, núms. 24.1 y 24.2 de la edición de Madrid, Páginas de Espuma, 2008.

A su peregrinar podemos establecer este esquema:



Puedo enumerar, además, las siguientes versiones escritas del s. XVI: P. Venero (1529), Sedeño (1551), Arce de Otálora (1553), Alonso de Villegas (1594), La Cerda (1595), una anónima inédita y veintitantas populares de España, Marruecos y América.

El mismo Palmireno duda de la verdad y realidad artística de su propia versión:

Mucho estoy dudoso en la *Historia del Emperador Henrico Tercio*, yo la he puesto largamente en el borrador de mi *Estudioso de la aldea*. Aquí formé solamente las dudas.

Primeramente, es poco creíble que un emperador, teniendo un moço cabe sí, y pudiéndolo matar, escribe a su muger:

Mataréis al que la presente lleva cuanto más que, ni esos secretos, ni semejantes negocios se encomiendan a mujeres.

Y pues era el año 1025 no estaba la gente tan boba, no podían cortesanos con hábito disimulado salir a matarlo.

Lo del deán de Spira donde él posaba no lleva modo, porque no era de tan baxos pensamientos un eclesiástico de reconocer el bahúl o maleta del que dormía; y abrir la carta, y donde dezía *occide facias*, borrando esso, que dixesse *filiam nostram uxorem tradas*, porque no podían caber cuatro vocablos donde no se borran sino dos, para que no se conociese el engaño, y si queremos disimular en esto.

¿Cómo diremos que cuadra estar el Emperador en aquella casa de monte del conde Lupoldo cuando el niño nascía; y haber llegado al casamiento, y lo demás, si el Conrado no estuvo en el Imperio sino quinze años?

Estas y semejantes razones suelo dar a mis discípulos para que despierten su ingenio haciendo confutaciones de *Rhetórica*.

EL LATINO DE REPENTE

30 (1)

Themístocles con la vulpeja llena de moscas movió a los athenienses que no mudassen corregidores.

Temístocles con las moscas es una fábula expuesta por Aristóteles en la *Retórica*, II, 20. Hay variantes con garrapatas y sanguijuelas y, al ser animal el protagonista, pasará a hombre.

Adrados la clasificó con el núm. H. 19; la encontramos también en Josefo (*Antigüedades judías*, L. XVIII, 6, p. 247), que repite la *Gesta Romanorum*, núm. 51. La encontramos en el *Libro del Caballero*

Zifar, cap. 172; Clemente Sánchez Verdial (*Libro de los exemplos por abc*, núm. 225, 155); *Espéculo de los legos*, núm. 70; *Recull de exim-plis* — catalán —, núm. 81; Arce de Benavente (*Adagios y fábulas*, 1950, Quincuagena II, pp. 43, 178-181); *Dechado de la vida humana*, traducido por el L. Reina, fol. xxvii; Santa Cruz (*Floresta española*, p. v, cap. v, cuento 2); Diego de Herosilla (*Diálogo de pajes*, Coloquio IV, p. 83); Pablo de Xérica (*Poesías*, Vitoria, 1869, p. 57). También la encontramos en La Fontaine y en Theófilo Braga (*Cuentos populares*, Lisboa, Editorial Quijote, t. II, p. 30, núm. 1); y recuerdo que también la utilizó Robert Graves en *Claudio*.

31 (2)

Demóstenes con el cuento del lobo y los mastines estorbó que los atenienses no enviassen los 10 oradores al Rey Philipppo.

32 (3)

Fábula, o conseja del gato y del gallo

Bien conoce cada uno en su casa, qué cosa es gato, que tiene la lengua áspera como lima, crueles uñas, el baho y buelgo tan contrario a nosotros, que puesto en la cama se volvió éthico quien con él dormía; su cabeça si la comemos nos vuelve locos, ninguna otra cosa nos da de provecho, sino matar los ratones, con los cuales haze paz muy larga, siempre que puede mantenerse de queso hurtado. Este pestífero animal que por los rincones de casa nos dexa mala olor, estaba en casa de un maestro de Gramática, y como no podía comer sino lo que a los estudiantes quedaba, eran tan pocos los relieves, que fue forçado ir a visitar las casas de los vezinos. Andando en esta visita muy furioso, halló un gallo, qual él desseaba. Y por dar color a su negocio, fingió tener algunas quexas con él y dixo:

—Hallado os he después de tanto tiempo que os busco, venida es la hora, que daréis cuenta de las malas noches, que me dais.

No sé quién os hizo a vos tan músico, y tan enamorado de vos mismo, que parecéis el gaitero de Arganda. Todas las aves que tienen buena música callan de noche, vos de día sois pesado, y de noche nos quitáis el sueño; por lo que debo al vezindado, me ha parecido dar remedio a esta confusión y tabahola: aparejar vuestro testamento, y si no os atrevéis, yo lo ordenaré. Dexad las uñas a los mesoneros, la cresta a los moquelos que con poco latín se passan al curso de las artes, la pluma a los Gramáticos, los huessos a los que leen conducta, el papo a los malos pagadores. De la carne y molleja ordenaré yo, como más conviene a esta República. Quién podría declarar la tristeza que el gallo sintió con estas palabras, arrodíllase muy humilde y començó de dezir. Suplícole señor, por essas barbas honradas, que me oiga, y vea cuál sin culpa estoy. Assí Dios le dexé gozar de moça descuidada en cocina, y del queso fresco de Mallorca, de ratones de molino, y pescado de sartén, que con toda clemencia perdone mis descuidos. Mire que yo canto de noche para que los que viven lexos del relox sepan que es hora de

trabajar, procuro que los viejos se despierten a ver sus hijas, que están ventaneando, o andan por el tejado; quito la ocasión a los ladrones, no entren en casa; quien come mi cresta de temeroso se haze atrevido, con mi molleja se adoban los estómagos débiles para digestión, y en un desafío los cobardes vencen, teniendo mi piedra alectorio debaxo la lengua.

Estas y otras cosas contaba el gallo, para amansar su enemigo, pero luego le acudió el gato:

— Aunque eso sea, has de morir, porque estás hecho un Mahoma con cuarenta mugeres; de las cuales unas son tus tías, otras hermanas, otra madre, agüella, y hijas. Un adúltero tan grande no es bien que viva.

Como el gallo quiso responder, dixo el gato:

— Dexaos desso, que yo estoy débil, y en pupilaje, y los médicos me aconsejan que tome caldo de gallo viejo para mi flaqueza.

Y así dio en aquellas espaldas del infelice, y le abrió las entrañas, y comenzó a hazer su pepitoria.

33 (4)

La fábula Mus rusticus urbano hospitio accepit

Acaesció un día que este galán por gozar del aire de la campaña, se salió muy regozijado a visitar un amigo suyo que estaba en una cueva ahorrando de cada día, para que en la necesidad no le faltasse. Llegó allá muy apuesto, con unas botas, o estivales de habas tiernas, y un herreruelo de hojas de repollo, y un becoquín de media nuez verde, con su talabarte de perexil, y un junco por lançón o dardo. Salió el amigo a la puerta de la cueva a abraçarlo, y con palabras muy amorosas le dixo:

— Mi Señor, v. m. sea muy bien venido, ¿qué ventura es la mía, gozar de tan magnífico huésped? Pésame que no he sido avisado para proveer lo necesario, y mostrar la antigua amicitia que teníamos cuando andábamos debaxo los bancos de primera classe, recogiendo los cortezones que caían a los secretos almorzantes en lición. Assiéntese y reciba la buena voluntad, acordándose que estamos en desierto.

Assí apareció la mesa, y sacole algunos garbanços roídos, y pedacillos de lardo, tajadillas de odrezillo de manteca, cortezas de queso viejo, y al fin algunos cabos de mechas húmedas de candil. En la comida se contaron todo lo que habían passado, y el de la ciudad mostró cómo de una desdicha vino a gran felicidad: porque como el maestro se fue a Aragón, y el auditorio estuvo tantos días cerrado, de pura hambre, fue forçado a buscar posada; pero que había topado un palacio admirable, donde se había alojado y tanto lo encareció, que al del desierto le tomó gana de mudar de vida. Partiéndose los dos de noche, por no ser conocidos, llevando sendos medios candiles por rodelas, y tomaron salvoconducto de un gato viejo de una alquería, para los de la ciudad. Luego que entraron en palacio se comenzó de pasmar el rústico, viendo la gran abundancia de manjares delicados, y dixo:

— Hoy comienço yo a vivir, que hasta agora muerto era.

Passeábase por las almohadas de terciopelo carmesí, hazía cámara en los

platos de plata, meábase en los pastelitos de la despensa, y de soberbia aun no quería volver los ojos al tan nombrado queso de Parma y Peñafiel. Estando en esta felicidad abrieron los pages la puerta con grande estruendo y furia, trahían delante de sí dos muy espantables alanos. Viérades los ratones con la sudor mortal, buscando agujeros, y como el palacio era nuevo, hallaban pocos; dezía el ratón silvestre con la martingala húmida:

—Nunca yo acá viniera, que más me valía mi cueva con aquella libertad, que no estos manjares con captiverio.

Ciertamente él dixo muy gran verdad: porque el que manda en sí mismo goza del sol, goza de la luna, goza de aquello que más ama, pero el que sirve en casa ajena, está encarcelado con esposas y grillones de oro, passa su juventud sin sentirla, y cuando llega al arrabal de la vejez, cargado de enfermedades, le despiden de palacio. Por el contrario el hombre que en su juventud sirve a sí mismo, y adorna de habilidad su ingenio, cuando es viejo, es bien servido de sus hereberos, halla su cuerpo sano y su bolsa abastecida.

Y pues Esopo tan sabiamente con este consejo nos lo dio a entender, sigámosle, alabando su buen ingenio y poniendo por obra lo que nos encarga.

El ratón campesino y el ciudadano es una fábula esópica, la núm. 234, repetida por Babrios (núm. 108) y Horacio, que tradujeron Argensola (t. I, pp. 125-127) y don Ramón Pérez de Ayala. Ha sido clasificada con tipo 112 y añadimos algunas versiones a las citadas por Camarena y Chevalier:

En la Edad Media hay una versión literaria de valor extraordinario, la del Arcipreste de Hita (*Libro de Buen Amor*, estrofas 1370-1386) y la del *Ysopete* (1489, libro I, 12); en el s. XVII la encontramos en las *Flores* de Mathías Duque (núm. 58, p. 17); J. E. Hartzenbusch (*Fábulas*, ed. de Navas, xxv, p. 42-43, en fábula).

Es frecuente en la literatura oral: J. B. Rael, *Cuentos... de Colorado*, N. México, núms. 394, 407, 408, 409. Hay alguna versión moderna como la de Carmen Vázquez Vigo, *Teresa*, enero, 1964, núm. 121.

Pueden leerse con provecho las obras de F. Lecoy, *Recherches sur le libro de Buen Amor*, París, Droz, 1937, pp. 133-134, y M. Chevalier, *Cuento tradicional, cultura y literatura*, Salamanca, 1999, pp. 90-91.

34 (5)

Fábula del león que quería casar con la hija del labrador

Fingiendo bodas de un león con una hija de un labrador, nos enseñó que no fássemos de nuestros enemigos, ni en cosa alguna admitiésemos sus consejos. Bien conocida es la propiedad y naturaleza del león, a todos espanta su tiranía,

jamás se contenta de usurpar lo ajeno, y de aquello que tiene haze muy pocas mercedes a otros; como tiene tan grandes fuerças, tan largas uñas y tan agudos dientes, piensa que no ha de hallar quien le pida cuenta de lo que haze, pero hállase burlado, como esta fábula lo declara.

Vemos que es animal raro, roxo de pescueço, gruesa y cabeça grande, los ojos resplandecientes, y la sobreceja salida, que le cae casi hasta las narizes; están los dientes como una sierra, la lengua como una lima; con la cual lamien-do rae y adelgaza el pellejo del animal que se quiere comer. Cosa prolixa sería contar la soberbia que este animal tiene, la ligereza y el modo de caçar, y haber de responder a aquellos que sin haberle tocado el pulso dizen que tiene cada día calentura. Porque esto es tan fabuloso como dezir que se espanta del gallo y de una carreta, y que no toca sangre real. Bastará en fin contar con qué tiranía qui-so no solamente domar las fieras, pero aun sojuzgar los hombres.

Fue el caso que una mañana muy regozijado se fue a un labrador vezino, que tenía una hija muy hermosa, y le dixo:

—Habéis de entender que sois dichoso: porque quiero ser vuestro yerno.

Mucho sintió estas palabras el rústico, porque le pareció que en su casa que-ría mandar señor ajeno, principalmente en aquello que él descansaba y tenía para regalo de su senetud. Como era cuerdo y avisado, entendió que no le convenía argumentar con aquel tirano, y assí con buenas palabras, hizo su hecho. Díxole al fin:

—Yo me tengo por muy bienaventurado y conozco la merced que se me haze, pero como mi hija es delicada, no osa allegarse a essas uñas y dientes; si vuestra señoría la quiere por esposa procure con alguna buena industria quitarse cosa tan espantable, y celebrarse han con mucha solemnidad las bodas.

El desseo le engañó, venciole la cobdicia, cegole la soberbia al cuitado león, porque a la misma hora se fue, y quitose aquellas armas, y vino muy regozijado a gozar de aquella moça. Pero él fue recebido con tan buenos palos, que basta-ron dar luto al triste matrimonio. Fue el caso tan triste, y quedó tan desecho el soberbio león, que se contentara con dexarle la vida, aunque del todo le quitaran la esperanza de la esposa, no tenía ya aquellas palabras orgullosas y de imperio.

35 (6)

Fábula de raposo y gallo

Andaba algún tanto congojado el raposo, por no tener proveída la cena, alle-gose a un cortijo, donde creyó hallaría algunas aves descuidadas. Pero en sintiéndole venir saltó el gallo con sus gallinas en un árbol, y como entendió que era imposible subir allá, determinó con buenas razones hazerlos bajar y llevar su presa; díxoles assí:

—Plugiesse a Dios que esse árbol siempre hiciesse tal fruta de un caballe-ro con sus damas. ¡Qué bien le está essa gorra de grana! Qué autoridad le da essa capa de raxa y essas espuelas aunque no son doradas. Paresce que siempre está a punto de guerra. Siempre me han parecido bien las cosas de v. m. y principal-mente la obediencia y fidelidad de essas matronas tan vulnerables, que día y noche le acompañan gozando de los escogidos relieves de su mesa, y de sus sua-ves cantos nocturnos, con que ellas mucho se regozijan. Sabrá v. m. cómo ya es

venido el tiempo que tanto deseamos y llegó la hora de nuestro descanso. Anda la paz universal por todos los animales: gatos y perros comen en una escudilla, lobos y ovejas moran en una choça, estudiantes y viejos se regozijan, las señoras que tienen pupilaje dan cinco veces a almorzar cada día, los gramáticos hazen banquetes, los carniceros están paralíticos de los pulgares, así que v. m. tenga por bien de baxar, y si algunos enojos le he hecho hasta hoy, tenga por cierto que con servicios venideros se borrarán.

Mucho estuvo espantado el gallo de semejante razonamiento, pero por la autoridad que debía a sus barbas, no quiso creer de ligero, porque se acordaba que el raposo es animal hediondo por ambas bocas, y aborrescido de todos por el mucho robar de muy pocas fuerças, y que si alguna vez vence al herizón, lo haze con su pestilencial orina; algunas vezes se echa papo arriba almagrado, y saca la lengua como muerto sin resollar, las aves creyendo está lleno de sangre allégansele, y así las mata. Al fin díxole:

—Mucho estimo que me ha avisado de la paz que yo no sabía; pero como veo venir allá baxo dos mastines, no quiero abaxar hasta que hayan llegado, y podremos gozar todos desta buena ventura, que nos ha venido.

Oyendo esto el raposo, comenzó a alargar el passo, y diziendo el gallo:

—Para que se va v. m. retrayendo, aguárdese un poquito.

Dixo el raposo:

—Bien holgaría cierto de no perder tan buena conversación; pero como a vezes las cosas de la República van a espacio, temo que el pregón no habrá llegado a orejas dessos mastines.

36 (7 y 7b)

Las mujeres colgadas

Vio Diógenes una muger ahorcada en una higuera, y dixo:

—Utinam reliquae arbores tales fructus parerent.

Passeándose en la huerta de Athenas, vio una higuera y una muger que, por algunos disfavores de amor, se había ahorcado; dixo:

—Pluguiese a Dios que todos los árboles hiziessen semejante fruto.

También procede de Diógenes Laercio y aparece por vez primera en el *Libro de los buenos proverbios*, Ed. Knust, p. 59; y ya en el s. XVI en Pero Mexía (*Silva*, Ed. Castro, p. I, cap. XXVII, p. 400), P. Juan de Pineda (*Diálogos de Agricultura*, diálogo V, cap. 39, BAE, 161, p. 351b), Juan de Torres (*Filosofía moral*, p. 86a), A. Rojas Villandrado (*El buen repúblico*, l. I, pp. 63-64), S. Covarrubias (*Tesoro*, p. 818b, s.v. *muger*), Lope de Vega (*Los guanches de Tenerife*, BAE, 215, p. 74a), J. Arguijo (*Cuentos*, Ed. Chenot y Chevalier, núm. 390, p. 171), M. Duque (*Flores de dichos*, núm. 213, p. 46), A. Alcalá Yáñez (*Donado hablador*, BAE, p. 506), A. Ferrer de Valdecebro (*Gobierno general, moral y político*, l. IX, cap. LVIII, p. 215), J. Zaba-

leta (*Errores celebrados*, núm. xv), Duque de Frías (*Deleite de la discreción*, p. 26), Severo Catalina (*La mujer*. Introducción), R. Pérez de Ayala (*La pata de la raposa*, Editorial Labor, p. 278).

37 (8)

Aquella casta valenciana que en años passados, por vengarse de un caballero que la había encarnecido, se concertó con su esclava, y entre ellas dos con ánimo varonil, no solo mataron al enemigo, pero aun le sacaron los ojos, corazón y lengua. Y estimó más que el Duque de Calabria la mandase ahorcar, que no quedar sin venganza.

38 (9)

Este gran tañedor de arpa había ganado infinito dinero, por Sicilia y toda Italia, y volvíase a Corantho, y como los marineros por roballe determinassen de echalle en la mar, y dándoles todo lo que traía, no pudiesse alcanzar nada, acabó al fin que le dexassen vestir su ropa nueva y tañer un rato una consolatoria de su desdicha; sentose al cabo de la popa, y a voz alta un rato estuvo cantando la canción que los griegos llaman *opθpion*, vino un delphín y él, cabalgando sobre él y tañendo, llegó a Taenaro de Lacoma.

39 (10)

Ateneo cuenta de un mochacho que se iba muchas vezes a nadar, y un delphín lo llevaba y traía cabalgando.

40 (11)

Pausanias cuenta de Melicerta cómo cayó en la mar y un delphín lo llevó hasta el estrecho de Coranto.

41 (12)

Leemos de aquel muchacho, que con un pedaço de pan y clamando Simón, Simón, venía el delphín que cuentan Plinio (libro 9, cap. 8) y en las *Epístolas* (libro 9) y Gellio (libro 7, cap. 8).

42 (13)

Exemplo de confutación

En tiempos passados una vieja llamada Semonk tuvo dos hijos llamados Pássiol y Acemon, o Achemon, muy diestros ladrones. Un día, viendo lo mucho que con esta facultad enriquecían, díxoles:

—Hijos, yo entiendo algo desto que llaman hechizería, y hallo por mis juizios que con esta gentileza que usáis de descargar el próximo caminante, subiréis a gran estado, si no topáis con el de la puerta falsa negra: al cual los griegos llaman Melampigo.

Prosiguieron los moços en robar, y llegaron a tanta riqueza, que con razón

podieran mudar de oficio: pues los toñineros en tener muchos reales, suben a gozar de la caballería. Pero pies vezados de andar, no pueden seguros estar. Andaban muchas veces por las selvas con sus ballestas paradas, pidiendo limosna a los caminantes, y toparon a Hércules durmiendo debaxo un pino. Hurtáronle todo lo que pudieron, despertó, y tratolos de tal modo, que al fin los ató por los pies en una piértega, y los llevaba al ombro como quien lleva conejos colgados; como él llevaba los çaragueles viejos y ellos colgados cabeça abaxo daban con las caras en las nalgas de Hércules, vieron la puerta falsa peluda y negra, començaron de suspirar, diziendo:

—Perdidos somos hermano; este es el Melampigo que nuestra madre nos dixo.

Preguntoles Hércules de qué razonaban, contáronle el pronóstico de su madre.

Oyendo esto Hércules, rio de buena gana y soltoles.

Donde se informaron de tan triste historia en qué año acaesció, en qué tiempo, cómo se llamaban los moços.

43 (14)

La pata de la grulla

Para descansar al lector, contaré lo que acaesció a Pierres, cozinero de Marsella.

Vino un día a visitarle su amiga, llamada Bruneta y hallole assando una grulla, y como toda la felicidad de estos es hinchir el estómago, pidiole con gran afición una pierna de la que assaba, pero él mostró no tener tal facultad de su señor, y como ella instasse, él tornose a cantar: No la abéis Bruneta / vos no la abéis de mí. Ella, enojada, juró de no admitirlo más en su regaço; assí él, temeroso de perdella, dióselo y, pidiéndola el amo, dixo él que nunca abía visto grulla con dos piernas. Respondió el amo, vendrás hoy conmigo a caça, y llegando allá dixo Pierres:

—Mire, señor, cuánta grulla con una pierna.

El amo començó a vozear ox, ox, y descubriendo la otra huyeron.

Dixo el mozo:

—Si a la del plato dixérades ox, también sacara la pierna.

La novelita del *Decamerón*, 5, vi, núm. 4, de Boccaccio se debió difundir muy pronto por Oriente y Occidente, pues la hallamos entre los cuentos de Yehá y en España la encontramos en *Sobremesa* de Timoneda, núm. 49; y en Santa Cruz (*Floresta Española*, p. II, cap. II, núm. 62), atribuido a Juan de Ayala, Señor de Cebolla; y en A. de Garibay (*Cuentos*, BAE, 176, p. 220b), A. Salazar (*Libro curioso*, núm. 279, 34, en *Cuentos*, Murcia, 2004, p. 213), J. J. López de Castro (*Jardín*, 1755, p. 7) y J. A. Mason (*Portorrican Folklore*, 192a, núm. 36, p. 118).

44 (15)

El agradecimiento [all águila] para quien la sustenta o le ayuda en su necesidad, como se vio en un segador que junto a una agua de una balsa halló planeando una águila con una serpiente y mató la serpiente. Después, llevando de aquella agua y poniendo en ella vino ya que estaba para beber, el águila con gran furia le derribó el jarro, y los otros que beuieron murieron luego, donde conoció que el águila lo avisara del veneno de la serpiente.

45 (16)

Fábula mitológica: El águila y el escarabajo

En tiempos passados, persiguiendo una águila por los llanos de Mungibel a una triste liebre, y estando ya para asirla, recogiose la cuitada al remedio que más a la mano se le ofreció que fue a la cueva de un escarabajo, de aquellos grandes que se crían en Sicilia, y con muchas lágrimas le rogó la librase de aquel tirano. No poco estimó él los ruegos viendo que aunque es tan negro, se hallaba quien pidía su favor.

Salió luego y hizo un cortesano razonamiento, que por no acordarme los vocablos dexaré. Pero el águila hizo tan poco caso dél que a la hora despedaçó la liebre. Sintió el Señor tanto este menoscupio que pensó morir de pesar y assí cuando la vio descuidada, metiósele entre las plumas y subiose con ella al nido, y quedándose allí envuelto, cuando ella estuvo ausente, derribole los huevos y hiziéronse pedaços. Como vino y vio tan gran mal, sintió mucho el no acertar quién era el que tanto mal le hazía; al fin mudó nidos, y infinitas vezes se los derribó, pero cansada y afligida, fue a pedir remedio a Júpiter, el cual le prometió tener los huevos en la halda para que estuviesen seguros, mas pudo tanto el escarabajo que llegó allá, y dexó entre los huevos una de sus olorosas peloticas, la cual sintiendo Júpiter, como no esta vezado a tan mal olor, por arrojarla, arrojó también los huevos al suelo, y assí fue conocido el escarabajo.

De que el águila se tuvo por afrentada, en ver que tan baxo contrario tenía, y començó de perseguir toda la gente negra y cada día abía estrago de escarabajos y huevos de águila. Pero Júpiter después que vio que con buenas palabras no podía aplacarlos, llamó los dioses, y acabada la consulta, prohibiose a los escarabajos que en todos los treinta días que ella está covando, no sean osados ningunos de los dichos escarabajos de parecer ante gentes, porque pues ella en aquellos días no puede comer, no es bien que a su dieta o abstinencia se ayunte la guerra tan cruda; passado el tiempo tiene libertad cada una a fuerça de armas cobrar lo que pudiera, y si esto no admiten queda por segura la isla de Rhodas a los escarabajos, y assí nunca entra en ella águila; y a las águilas todo el término de Aliento, que gozen de tanta libertad que si el escarabajo allí entrare dando tres o quatro bueltas, como pasmado se quede muerto y esto dura hasta hoy.

46 (17)

Cuento animal: El ciervo cabalga en buey

Cuenta Budeo que se halló con el rey Francisco de Valoys, el que nuestro Emperador truxo preso a España, y como la caça fuesse con gran fervor, acudió un ciervo, el cual mostró bien verdaderas las palabras que he allegado de Plinio,

ut vestigia cum ipsis abeant, porque yendo tras él los perros siguiendo el rastro se pararon a lo mejor, y el Rey llegando allí enojado, que el ciervo no parecía y los perros no corrían, cercando a los cazadores que les sacudiesen, y como no aprovechaba, dixo un vaquero desde una peña:

— Señor, no se fatigue que yo le contaré lo que passa, y así dixo:

— Esse ciervo llegó muy cansado donde los perros están, y como yo tenía ahí mis vacas subió a caballo sobre un toro, y como el toro trabajaba en descargarse y él en tenerse, anduvo hasta allá, abaxo aquel sino, y de allí comenzó de correr.

Llevaron los perros donde el vaquero dixo, y así hallaron el rastro, y le siguieron hasta la cueva donde el Rey lo mató.

47 (18)

No es menos de maravillar lo que Venatoriae Turmae Demerio, que dicen venatur máximus, el caçador mayor del rey Ludovico duodécimo, juraba que corriendo tras un gran ciervo lo abían perdido de vista y, no atinando, arrimáronse a una mata que llaman espina y abía crecido tan viciosa que parecía árbol, y abiendo descansado un rato, sentados por el suelo, uno alçó los ojos y vio el ciervo que está a caballo en el arbolito, y dixo:

— Alcén los ojos y verán con qué autoridad está el señor que buscamos.

Assí dize el historiador sobre esto.

VOCABULARIO DE HUMANISTA

48 (1)

Aunque dixe Alberto Magno que vio en Alemania un ratón que con candelita en la mano alumbraba a los convidados, y obedecía a su maestro.

49 (2)

Del jabalín de Diocleciano hay un donoso cuento en los historiadores.

Reprehendía en Francia una mujer, Drías o Druidas, que eran ciertas hechizeras o sacerdotessas, a Diocleciano porque él dezía:

— Yo mato los jabalines y otro se come lo mejor.

Dezía ella:

— Muy avaro y escasso eres, Diocleciano.

Respondió él:

— Entonces seré liberal cuando seré emperador.

Acudió ella:

— No lo digas burlando, porque te aviso que entonces serás emperador cuando matarás un cierto jabalín.

Y fue assí, que cuando mató a Ario Afro, fue Señor de Roma.

50 (3)

1544. Salió el rey de Marruecos con su ejército por Tremecén, y entre unas cambroneras, sobre un arroyo, pelearon con un león dos horas largas, matole tres hombres, hirió muy malamente onze caballos.

51 (4)

Véese que para persuadir han de ir juntas obras y palabras, pues a uno que persuadía al filósofo Epicteto que se casasse, y él nunca se había casado, dixo Epicteto:

—Soy contento, dadme una de vuestras hijas.

52 (5)

La virtud de los mismos enemigos es honrada, porque sabiendo Metello Macedónico que Scipión Africano, su contrario, habían muerto de noche; sospechando que la misma muger consintiera en que le matassen, salió con gran desatino a la plaça, y con horribles gritos dixo:

—Corred, corred, ciudadanos, que hoy han caído los muros de Roma.

53 (6)

Preguntó el cardenal de Perosa a Piovan Arlotto a qué hora era buena la malvasía, en principio o en fin de la mesa.

Él, como había estudiado del Arte de Ramón Lulio, luego acudió a sus *Proverbios*, con decir:

—Finis est, in quo principium quiescit.

54 (7)

Llaman cornucopie cuando hay gran abundancia de alguna cosa, siguiendo una vieja fábula que cuentan los autores.

La diosa Rhea, habiendo parido a Iúpiter, por miedo del marido, Saturno, escondióle en la isla de Candía, encomendándole a las dos nimphas: Adrastea y Ida, hijas de Melissa. Estas la criaron con la leche de la cabra Amaltea.

Siendo ya grande Iúpiter, acordándose de la cabra que tanto había hecho por él, llevola al cielo, y collocola entre las estrellas, y llámanla los astrólogos *Capra caelestis*, y él un cuerno dio a las dos Nimphas con tal propiedad que todo lo que ellas desearan lo hallasen con gran abundancia.

Dizen otros que Hércules dio a los Aetolas el *copiae cornu* por haber recogido un brazo del río Acheloo, con el cual aquella región, que antes era fértil, salió fertilísima, dándonos a entender que la dureza del cuerno significa los trabajos de la agricultura de los cuales sale fertilidad de frutos.

55 (8)

La fuerça del ciego amor se ve en Hiparchía, moça muy hermosa, diziendo que, si no la casaban con Crates, philósopho, se mataría. Él quitose la capa y mostró su cuerpo, giboso y ochavado, y díxole:

—Mira si assí me quieres, no tengo más de esta scarzella que vees con estos pocos reales.

No espantada de cosa alguna le aceptó por marido.

56 (9)

Acaeció en Constantinopla a Roberto, emperador, que habiéndose él enamorado de una muy hermosa donzella, hija de cierta viuda honrada; prometida primero en casamiento a un mancebo de su estado, y aun dizen desposada, sin haberse tratado los dos como casados.

Roberto la pidió a la madre para casarse con ella, lo cual ella hizo de buena voluntad, paresciéndole que no era de perder tal ocasión como se le ofrecía de hazer a su hija Gran Señora, que tal es el desseo de las madres.

No pudo sufrir esta injuria el generoso mancebo ([ex]esposo de la nueva Emperatriz), y assí para vengarse aguardó su tiempo; y, estando el Emperador ausente, entró en el palacio, al aposento de la Emperatriz, y a ella cortó luego las narizes, y a la madre, que tenía toda la culpa, dio con ella por unas ventanas en la mar, a donde, sin poder ser socorrida se ahogó. Hecho esto saliose de la ciudad sin poder ser habido con cuanta diligencia el Emperador puso.

57 (10)

El Emperador, padre de nuestro rey Philippo Segundo, diziéndole que, pues tenía al Lutero en su Corte, que le prendiesse y hiziesse cuartos.

Pero él, viendo que sobre su palabra había venido, dióle un alcalde, que lo volviesse seguro a su casa, diziendo:

—Fidem rerum promissarum et si toto mundo exulet, tamen apud Imperatorem consistere oportere.

58 (11)

Por ser el rey Amasis de baxo linaje, era tenido en poco de sus vassallos de Egipto. Él, usando más de buena habilidad que de braveza, los ablandó deste modo. Convidaba muchas vezes a los grandes de su reino, y hazíales lavar los pies y manos en una vasija de oro, y que si les tomaba alguna gana de vomitar echassen en aquel vaso lo que les fatigaba el estómago.

Passados algunos meses quebrola y hizo della un ídolo, y como puesto en su templo todos le honraban, dixo:

—Este ídolo es del oro de aquella vasija en que todos os lavávades y vomitábades, y agora le honráis.

59 (12)

Pidieron a Piován Arloto por qué los cabellos se hacen más presto blancos que la barba. Respondió:

—Por qué tienen veinte años más que ella.

60 (13)

Sócrates decía que la cebolla era buena para tres cosas:

1. Para la olla, 2. Para hacer beber y 3. Para descanso de las celosas, porque estaban descansadas que el día que la comían sus maridos no besarían a otra.

61 (14)

Muerto el emperador Sigismundo, un pariente muy de propósito aconsejaba a la viuda que imitase a la tórtola, pues había perdido tan buen señor; dixo ella:

—Para qué me dais tan triste ave por ejemplo, sé que mejor es seguir la paloma o gorrión que son aves de mejor.

62 (15)

Viendo un sabio que todos los de su patria se estaban a la lluvia en el campo, y la villa sola, salióse él también, diciendo:

—Más quiero ser loco con todos que sabio a solas.

63 (16)

La alegría de este mundo dura poco, según se vio en Domenico de Cigoli, el cual, estando en Roma por negocios de su patria, fue informado cómo su muger era muerta, y tuvo testigos que había caído en la calle y la habían tenido 18 horas sin hablar ni menearse, y que la dexaban amortajada. Él, muy alegre, no sabiendo cómo ella había convallecido, pidió al Papa el Priorato que vacaba en su pueblo. Tomó órdenes y muy venerable sacerdote con gran contentamiento se vino a la patria, y la primera persona que topó a la puerta del pueblo fue su muger.

64 (17)

Decía Piován Arloto:

—Aspettare e non venire
star nel letto e non dormire,
servire e non aggradire,
son tre male da morire.

65 (18)

Dize Platón que en tres cosas consiste la humanidad:

En saludar benignamente, de modo que no aguardéis a que el otro quite primero el bonete.

Después, en ayudar al necesitado y convidar muchas veces a convite moderado.

Pero en España para decir a uno que tiene cosa buena, dizen: ni convida, ni empresta, ni es valiente.

66 (19)

Habían vendido su viña para que su hijo estudiase, pensando que le ayudaría a la vejez; el moço cuando fue docto metiose fraile. El padre muy enojado pidiole la causa, respondió:

—Que porque deseaba vivir en pobreza.

Dixo el padre:

—¡Oh bellaco!, y qué mas pobreza buscabas que la de mi casa, que no dexas en ella un real.

67 (20)

En un banquete brindaban unos a otros; cayó una mosca en la copa de brindar. Un inglés, al tiempo que la llegó a la boca, tomó la mosca en la mano y bebió. Después, echola dentro diziendo: ¿qué sé yo si estos señores huelgan dello?

68 (21)

Dezía un valiente que cuando en una calle se daba de cuchilladas con algunos, cerraba los ojos porque tenía lástima de los pedaços de hombre que hazía volar por el aire.

69 (22)

Dezía una doncella a un galán que le importunaba:

—Dexaos desso, que habéis topado con otra Lucrecia.

Dixo él:

—Y vos con otro Tarquino.

70 (23)

El prior de Capua en un banquete señaló de ojo a un criado le diesse de beber.

Él tomó una capa española y truxo el beber encubierto, y dixo en voz baxa:

— Señor, ya está aquí aquello.

El Prior preguntó qué era; el moço respondió: el beber.

Como el que hazía el banquete vio esto, comenzó de vozear con el moço porque no servía con diligencia; dixo él:

—Mi señor, assí lo hago porque el señor Prior no me habló sino con ceño de ojo. Creía yo que quería beber de secreto, y por eso lo traigo debaxo de la capa.

71 (24)

Mandó un caballero dar de beber a un villano, y sacáronle ciertos albarcoques; dixo él:

—Estos nosotros a los puercos los damos.

Dixo el caballero:

—Nosotros no. Quítalos de ahí, page.

72 (25)

Visitando el emperador Federico Tercero la ciudad de Florencia, vio el rico palacio de Cosmo de Medice; admirado de tan gran casa, dixo:

—¡Qué habrá sufrido de envidias y matracas el que a esto llegó!

73 (26)

Dezía un sabio que cuatro buenas madres tienen cuatro malas hijas:

Veritas

Odium

Prosperitas

Superbiam

— PARIT —

Seguritas

Periculum

Familiaritas

Contemptum

74 (27)

Importunado Philelpho que hiziese un epitafio a la muerte de Ioan Vitelli, moço de 17 años, no teniendo voluntad de lo hazer, a la fin con enojo tomó la pluma y compuso:

Iuppiter omnipotens vituli miserere Ioannis, quem mors praevenien no finit esse bovem.

75 (28)

Una viuda, muger simple, fuese a un sabio diziendo: me han dicho que v. m. ha sido loco, yo tengo mi hijo tal. Dígame con qué curó.

Él, entendiendo la simpleza della, dixo:

—Oídmme, buena muger, no curéis a vuestro hijo, porque yo nunca tuve mejor tiempo que cuando fui loco.

76 (29)

Segismundo, emperador, había hecho caballero al doctor Georgio Fistello. Habiendo ayuntado muchos caballeros y doctores, vio que el Georgio se fue a sentar entre los caballeros. Enojado dello, dixo:

—Muy engañado vais doctor en dexar vuestro antiguo asiento, pues sabéis que haré yo en un día mil caballeros, y en mil años no podré hazer un doctor. Cedat arma togae.

77 (30)

Dixo Cosmo de Médices a un doctor:

—¿Cómo vais tan mal vestido?

Respondió él:

—Hanme robado tres vezes.

Dixo el Duque:

—Guardad no hayas jugado y perdido.

Dixo el doctor:

—Vuestra Excellencia me ha ganado la mayor parte, pues la riqueza es juego de fortuna.

78 (31)

A un pobre rapábale un barbero la cabeça por amor de Dios, y como le apretaban la navaja hazíale llorar. Estando en esto salió un perro gritando de la cozi-na.

Dixo el pobre:

—Yo no creo que te rapan por amor de Dios, según gritas.

(Martial llama al cabrón sabio, pues querría más llevar la barba luenga que no venir a manos del cruel barbero Antiocho).

79 (32)

—Señor Phelipe Zephiri, si hobiéssedes de pedir cosa que cierto vos diessen ¿qué pediríades?

—Señora, que v. m. supiesse adivinar, porque adivinasse ella misma lo que yo no oso dezir.

Dixo ella:

—Señor Phelipe, chi teme di dare, mai non ha ardire di fare.

80 (33)

Ioan Polo de Sena murió muy pobre, habiendo sido muy pródigo gastador, y a los parientes que lo reprehendían dixo:

—Quod donavi, habeo.

Quod retinui, perdi.
Quod negavi, doleo.

81 (34)

Estaban llorando un senador y su muger. Llegó Athenodoro, pidió la causa, dixéronle que el emperador Augusto César había mandado que ella fuese a dormir aquella noche con él.

Dixo el filósopho: callad, no temáis. Y como vino la letra, hizo que la dama hermosa y casta se quedasse. Él, con una espada entró. Cuando la littera (según costumbre, para que las damas no fuesen difamadas) fue puesta en la cámara del Emperador, y despidiendo los criados se llegó a ella, saltó el filósopho con una espada arrancada. Turbose el Emperador, pero Athenodoro le dixo:

—No tema V. Majestad, que yo soy su maestro, pero mire de hoy más cómo envía por las damas casadas, porque algún marido vendrá en este hábito a vengarse de su deshonra.

82 (35)

Maravíllome que los autores antiguos no hayan hecho mención de los leones de la sierra de Zarahón, en la provincia de Fez, que son tan cobardes que no les queda de leones sino el nombre y figura.

Dize Luis del Mármol que, estando él captivo en la ciudad de Darelhamara, una noche succedió que un león saccó de una casa una niña, y llevándosela en boca, salió otra hermanilla suya de hasta 12 años, que estaba acostada con ella, tras el león, y asiéndole de un pie le dio con un palo tantos golpes que, a puros palos y voces, se la hizo dexar. Y maravillándose de aquel hecho dixerón los vezinos que era muy ordinario aquello en aquella tierra y que ellos no temían a los leones.

83 (36)

Un refrán se usa que parece oscuro y es que para decir a uno que es cobarde le dicen que es tan valiente como león de Águila, que la ternera le roe la cola. Buscando qué leones había que temiessen a las águilas, y no hallando cosa alguna, topé con la ciudad de Águila, en el reino de Fez, en la provincia de Habat, en la ribera del río Erguila; y en los montes della es cierto que se crían unos leones tan cobardes, que si un niño les da voces, luego huyen, con más temor de los que dixen.

84 (37)

Había perdido la vista Asclepiades y preguntole un amigo cómo le iba; respondió:

—Muy bien, porque antes iba solo. Agora que soy ciego, siempre que salgo de casa voy acompañado.

85 (38)

Sacaron a Sócrates de la cárcel para darle muerte; al tiempo que le quitaron los grillos de los pies començose de rascar con gran gusto diziendo:

—No hay pesar que no has de dejar tiempo a algún plazer.

86 (39)

Aquel valeroso Thomás Moro que, por no consentir en la mala secta de Inglaterra, fue descabezado; estando muy firme en su propósito, defendiendo la santa Iglesia católica romana, vino a la cárcel un conde que el rey Henrico le envió, y con muchas razones le movía a que fuesse lutherano, diziendo que el Rey le tornaría en el cargo de thesorero como antes, y haría larga merced a sus hijos, y si no que ya estaba hecho el tablado y antes de una hora sería descabezado. Él, burlándose de tal embajada, respondió que ya había mudado de propósito. El Conde, muy alegre, dixo:

—Pues voime al Rey a llevar la buena nueva.

Acudió Thomás Moro: entiéndame v. s., digo que tenía propósito de quitarme la barba, y he determinado que se esté assí, pues el que me quitará la cabeça la quitará.

87 (40)

Venía un pobre viejo flaco y cansado del monte con un haz de leña a cuestas, para de aquello sacar con qué comprar pan y vino, y desmayado y descontento arrojole en tierra y començó a decir muy desesperado:

—Ven muerte, ven muerte. ¿Para qué quiero yo vivir?

Acudió la muerte. Cuando él la vio tan espantable, y la prisa que ella le daba diziendo:

—¿Para que me llamas triste viejo?

Él, muy arrepentido de los fieros y desesperación passados, dixo:

—Para que me ayudes a cargar esta leña.

Es una fábula esópica, *El viejo y la muerte* (núm. 69). Ha sido clasificada con el tipo 845 y por Rodríguez Adrados con H. 60. Esta versión de Palmireno es a mi saber la primera versión en español, a la que siguen la de Luis Zapata (*Miscelánea*, 182, Ed. Montiel, y 183, t II, p. 186), Felipe Mey (*Fabulario*, núm. 3, *El viejo y la muerte*), Gonzalo Correas (*Refranero*, ed. Mir, p. 327) y Félix María Samaniego (*Fábulas*. Libro IV, fábula 4). La Fontaine la utiliza dos veces (Libro I, 15 y 16), con títulos diferentes, mientras que los españoles utilizan el título esópico.

88 (41)

No es menos de ponderar en uno de Rhodas al cual mandó el rey Dionisio quitar todos los dientes, narices, orejas, un ojo y dar una cuchillada en la frente porque había dicho mal dél y, como donde quiera iba lo llevaba el Rey consigo en una jaula, aconsejábanle sus parientes que se matase; respondió él que no se ha de perder la esperança hasta que la vida se pierde.

89 (42)

Estando Piovan Arlotto en la mesa con un cardenal, que había sido muy pobre estudiante, díxole:

—¿Conocísteme en Perosa?

El Piovan, como era avisado, por no señalar que había visto su pobreza, dixo que no.

Después, passado la comida adelante, viole el sayo remendado, lo detrás adelante y díxole:

—Dezid, Piovan, ¿tenéis enemigos?

Respondiendo él que no, dixo el Cardenal cómo los habéis de tener si os veis lo delante atrás, y os sabéis rodear a todas partes.

Dixo Piovan:

—v. s. me haze acordar de un cuento.

Había en una aldea solo un çapatero, y aparejándose unas bodas vino un moço a pedir que le hiciessen unas botas, que había de bailar o dançar con la donzella a quien servía. Hechas y calçadas, venían tan justas que, a dos passos que él dio por la calle, reventó la una; tornó muy enojado diziendo:

—Oh, señor, veis que en este pueblo no hay otro çapatero que tenga hechas, y la fiesta es de aquí a una hora. ¡Cómo me habéis burlado!

Respondió él:

—Yo lo remendaré de modo que no lo conocerá sino que sea çapatero.

Y así lo hizo.

En saliendo el moço a dançar, un señor mercader que estaba allí muy autorizado, había sido çapatero y dixo:

—Por Dios, que aquella bota ha sido remendada.

El moço quitose el bonete y con alegre rostro dixo:

—Verdad me dezía el que las hizo.

El Cardenal, estendiendo el punto, dixo:

—Arlotto ya os entiendo, no passéis más adelante.

90 (43)

Marco Antonio Batistei puso quinientos escudos en ropa y comenzó de navegar, pero dentro de tres días lo echó la fortuna desnudo en una tabla a la ribera de Sicilia; fuese a un mesón, y como lo conocían diéronle una cámara del meso-

nero ausente. Hallándose solo ahorcose de un madero, el cual como estaba hueco se rompió y cayeron mil escudos. Espantado volvió en sí y con aquel dinero se fue muy alegre.

Vino el mesonero, vio su dinero perdido, ahorcose. En fin, el garrote o cuerda enriqueció al uno, y perdió hacienda, cuerpo y alma del otro. ¿Qué gran secreto?

91 (44)

Enviaba un señor a un negocio secreto a su criado. Topole el Gobernador y dixo:

—Oyes, di, ¿a dónde vas?

Este, por no dar a entender el negocio al Gobernador, que era muy amigo de su amo, respondió:

—No lo sé.

El Gobernador, muy enojado, mandolo echar en la cárcel, diciendo ¿cómo así me tratas? Yo te enseñaré criança.

Cuando le llevaban començó de vozear el moço diciendo:

—Mire, señor, si dixes bien, pues no sabía que iba a la cárcel.

Assí lo mandó soltar.

ORATORIO DE ENFERMOS

92 (1)

La postema

El soldado baciendo, al cual preguntando el rey Philipe de Macedonia cómo andaba de tan mal color, y el rostro hinchado, y resollando con pena, respondió:

—No hallo quién me sane, o entienda la enfermedad.

Dixo el Rey:

—Pues veo que en las más peligrosas batallas me sirves mejor que todos y aventuras tu vida. Yo haré un pregón por todo el reino, que cualquiera que se atreviere a curarte le daré muy gran paga y privilegio.

Hizo el Rey lo que dixo. Y el soldado en tres meses se paró muy gallardo, y cuando vino al tiempo de la batalla, no solo servía más ruinamente que todos; más aún era cobarde.

Llamole el Rey y díxole:

—¿Cómo es esto? ¿Cuándo yo no te hacía mercedes me servías tan de veras, y agora que te dí salud y rentas me olvidas?

Acudió el soldado:

—Sepa Vuestra Majestad que como me veía tal, aborrecido de la gente y de mí mismo, metíame dentro de la batalla en lo más peligroso por que me matassen, agora desseo gozar de la salud y renta que he alcançado.

He aquí un cuento procedente de una «historia romana» de Cicerón (*De Natura Deorum*): el protagonista Iasón Fereo, Ýtamo o un anónimo. Es un enfermo que, sin esperanza de vida, lucha ferozmente; pero cuando se cura se hace cobarde porque ama la vida. La curación se produce por un intento de asesinato, episodio guerrero, curación médica, coz de mula o a causa de la risa. Es un único motivo literario y folclórico: N 359, 3. Salva la vida por accidente.

En mi artículo «La postema: origen y evolución» (*Príncipe de Viana*, LXXI, *Homenaje a don Francisco Ynduráin*, pp 127-136) enumero cinco versiones clásicas (Cicerón, Séneca, Plinio, Valerio Máximo y Plutarco), una medieval del Tortusí, cinco más del s. XVI (Mexía, Monzón, A. de Villegas, H. de Soto y Pero Sánchez), siete del s. XVII (Nieremberg, Fernández de Ribera, G. Correas, Tirso, Rojas, Zorrilla, Matos Fragoso y Garau) y una de don Juan Valera.

93 (2)

El unicornio

Yendo un hombre por un bosque topó una espantable serpiente y, viendo el gran peligro, comenzó de huir, y como andaba turbado dio consigo en una profunda cueva; al caer travose a un arbolillo que estaba a la boca de la cueva, y puso los pies en una grieta. Al hondo estaban unos leones hambrientos, al pie del arbolillo gusanos blancos y negros andaban royendo las raíces. El hombre, muy descuidado, parose en comer un poco de miel que vio en el arbolito. Estando comiendo acabaron los gusanos de roer, y cayó el árbol con el hombre donde se perdió.

Este cuentecillo figura en *Calila y Dimna*, al final del cap. II, como procedente del manuscrito B escurialense, pues en el A no figura. Para Allen, en su edición de *Kalila* (1906), «aurait pu très bien être traduite de Jean de Capue (1275), pp. 33, 34 et 35».

Es conocido con el título de *Parábola de unicornio*. Puede verse una buena documentación en la edición del *Calila* de Cacho-Lacarra, en Clásicos Castalia, pp. 118-119, nota 35; podemos añadir el cuento 551 del *Recull de eximplis* catalán del s. XV. Puede ampliarse con el estudio de Jean Sonet, *Le Roman de Barlaam et Josafat*, Lovaina, 1949, pp. 30-37.

94 (3)

Cuánto puede la costumbre sancta Mónica lo cuenta de sí misma. Siendo muy pequeña y teniendo su padre muy buena opinión della, enviábala a sacar vino, ella con su poca edad gustando cada vez, sin pensar si hacía mal ni bien.

Vino con esta costumbre a tal aumento que se bebía una taça sin agua, y un día como riñesse con una criada de casa, la otra le dixo:

—Callad, ¡bébelo fuerte y sin agua!

Corriose tanto que no lo bebió más en su vida.

95 (4)

En una villa de Suecia, llamada Rudesheim, entrando el cura a encender las lámparas de su iglesia, dos horas de noche, començó a reñir con su sacristán porque se había dexado dos candelas encendidas, que podían quemar el altar.

Diziéndole el mancebo que ya las había muerto, que no sabía quién hubiesse entrado a encenderlas.

No creyéndolo el cura, llegose a matarlas y vio el paño de los corporales tan estendido como si dixessen missa. Y estando assí pasmado de ver esto, cayó el moço en tierra, y arrobado dixo gritando:

—Gladius Domini occidit nos.

Creviendo el cura que alguno le había herido, corrió a levantarlo, viole muy sano, pero arrobado. Entonces el moço dixo:

—Si leemos atentamente las letras que están escritas en los corporales, no moriremos.

Y pensando que de temor dezía esto, no curó dello.

Pero después, allegándose al altar, vio en los corporales estas letras puestas así:

K
A P H
D

Habiéndolas ya visto y meditado un buen rato sobre ellas, el moço tornó en sí.

El sacerdote cogió sus corporales, amató las luces y fue a su posada muy espantado; y mucho más cuando llamando muchos doctores y hombres de muy sancta vida, vio que ninguno las entendía.

Las letras estuvieron siete días sin borrarse, al octavo desaparecieron, y nunca más fueron vistas.

Passados diez y seis años, movido el moço de la fama de la Santa Abadessa Hildegarde, fue a suplicarle que le declarasse aquello. La santa virgen, ayudada por el espíritu santo, dixo:

—Tus letras son estas:

K
A P H
D

Quieren decir: Kyrium
Presbiter
Derisit
Ascendat
Poenitens
Homo.

Oyendo esto el moço se espantó y confesó con mucha devoción, y para mejor y más comodamente hazer penitencia, metiose fraile y acabó en muy sancta vida.

96 (5)

Año 1082. Siendo Papa Gregorio 7 y Emperador Enrico 3, un affamado doctor, habiendo acabado sus días con todos los favores que a la partida suele la santa madre Yglesia Romana proveer a sus hijos de confesión, sancto Sacramento y extremaunción, estando presentes los doctores de París, donde él tantos años había residido, al tiempo que en medio de la iglesia le dezían officio de muertos, llegando a aquella lición que comienza *Responde mihi*, el muerto se alçó en el escaño o husillo, como si se quisiesse sentar, y con horrible voz, que a todos, clérigos y doctores, atemorizó, dixo:

Iusto Dei iudicio accusatus sum.

Dicho esto, el cuerpo se tornó como se estaba, y viendo cosa tan nueva todos los doctores determinaron de no sepultarle hasta el día siguiente. Vino toda la ciudad a ver el caso, y diziendo las palabras del *Responde mihi*, el cuerpo se alçó como el día antes gritando:

Iusto Dei iudicio iudicatus sum.

Después tornose a echar el cuerpo como estaba. Todavía les pareció a aquellos doctores aguardar al día siguiente, donde dixo:

Iusto Dei iudicio comdenatus sum.

Para el que no sabe latín esto basta. En fin los doctores lo mandaron sacar de la yglesia, y que lo sepultasen en un muladar.

97 (6)

El padre maestro Ioan Lizano, viejo de mucha sanctidad y doctrina, concertose con ella [Santa Lutgarda, natural de Flandes] que el primero de los dos que muriesse, si podría recabarlo del Señor, apareciesse al otro, y en este medio ella fue enviada por abadessa en Francia. De allí a algunos meses él fue a Roma para tratar cosas de un monasterio y murió al pasar los montes Alpes, y al mes en punto apareció a la virgen en un corredor del monasterio. Ella, creyendo que era vivo, señalole que fuesse a la rexa, donde suelen hablar las monjas.

Dixo él:

—Yo ya soy muerto, pero he venido a cumplir mi palabra.

98 (7)

Preguntando a Sant Pedro su discípulo Tito por qué a Santa Petronila, su hija, sufría estar tanto tiempo enferma, curando a otras tan presto, dixo:

—Porque assí le convenía a ella. Y para más manifestar lo que dezía, mandole que se levantasse y sirviesse a la mesa, hízolo muy sana y después le mandó bolviesse a su camilla. Estando enferma aprendió de amar la pureza de la virginidad, de tal modo que después, estando sana y queriendo casar con ella el gobernador llamado Lucio Flacco, quiso más morir que perder la virginidad tan amada.

Preguntando Tito por qué Santa Petronila no curaba pues daba salud Sant Pedro a otro, respondióle;

—Porque convenía assí, pero levántate sana en nombre de Cristo, y sírvenos la mesa, etc.

Entonces ella echose en tierra, y pidiole humildemente le dixesse qué vestidos eran aquellos.

Respondió él:

—Este blanco es por la virginidad que siempre guardé, este colorado por los trabajos y fatigas que me han causado la muerte, defendiendo la verdad; este azul, que traigo encima de todo, es por la perfección de la vida espiritual.

Y dicho esto desapareció.

Ella luego avisó a la monja hermana dél, cómo era muerto, y hallaron ser verdad al mismo punto que el aviso.

99 (8)

San Francisco nunca fue perfecto hasta que muy grave enfermedad le enmendó. De edad de veinte años aprendió a menospreciar las cosas terrenas, que siendo sano tanto había estimado. Enfermo conosció que había de servir a solo Dios, y estando sano solía servir a la avaricia.

100 (9)

Cada día infortunado Elphego, obispo, a un pariente suyo, que se llamaba Dunstano, para que se metiese fraile, pero nunca lo recabó, hasta que adoleciendo de una grave enfermedad, en verse sano, corrió al monasterio, y fue tan buen religioso que llegó a arzobispo de Cantuaria, y hizo muchos milagros.

101 (10)

Sergio, príncipe de Senogalia, habiéndole Dios curado milagrosamente de una fuerte lepra, dio todo lo que tenía a las iglesias y a los pobres, y metiose fraile.

102 (11)

Uno llamado Hierón, hallándose enfermo, trataba con doctos y salió doctíssimo. Gellón, su hermano, con la salud íbase por los campos y quedose grosero.

103 (12)

Es fama cierta que la gran habilidad le vino al doctísimo Ptolomeo por estar enfermo, y Platón dize que, por no poder Theages tratar negocios de república estando enfermo, salió muy docto.

104 (13)

Estaba Antígono, rey de Macedonia, con muchos cortesanos que le daban el parabién de haber convalescido y dixo:

—No me va mal en esta jornada, pues he tomado reglas para no ensorbecerme y acordarme que soy mortal.

105 (14)

Straton, baciento, para curas de su enfermedad siguió tantos ejercicios que salió robustísimo y ganó muchas joyas en luchas, saltos, corridas de los juegos olímpicos.

106 (15)

Hallando Carnea al rey Agesilao con muy rezia gota de pies saliose lloroso; llamole el Rey, diziendo:

—Aguárdate que ninguna cosa de allí ha llegado acá, señalando con el dedo los pies y el pecho.

Significando que en tan rezio dolor de pies su ánimo estaba invencible.

107 (16)

Teniendo muy recia gota el rey Ptolomeo Philadelpho, dende su aposento vio algunos plebeyos sentados y merendando en la ribera del río, dixo:

—¡Oh, quien fuesse uno de aquellos!

108 (17)

Estaba Pilemón, filósofo, muy fatigado de gota en pies y manos; díxole un médico:

—Guardaos de beber frío.

Dixo él:

—Buen remedio me dais. ¿Y qué haríades si curásedes un buey?

Quiso mostrar que uno que ya está habituado al trabajo no ha menester regalo. Y dezía:

—Cuando quiero comer, no tengo manos; cuando he de passear, no tengo pies; y cuando he de sentir dolor, entonces tengo pies y manos.

109 (18)

Estaba el emperador Septimio Severo tan fatigado de la gota que se atrevieron muchos a dar la obediencia y título a Antonino, su hijo. Él mandose traer en una litera al tribunal y allá mandó cortar la cabeça a los rebeldes, diciendo:

—No son los pies el Emperador, sino la cabeça.

110 (19)

Muy claro se vio en Andragásina, virgen, que el Señor envía las enfermedades para bien del alma y fortificar las virtudes. Habiéndola su padre casado contra su voluntad, púsose en oración rogando a Dios que le dicesse modo de conservar la virginidad que había votado, y a la hora se paró llena de lepra, la cual causó en el esposo tal efecto que, tanto como la amaba, la aborreció y casose con otra. Assí estuvo algún tiempo; después metiose en un monasterio y en ser professa la curó Dios, donde se vio que por esto fue leprosa, porque no fuesse corrupta.

111 (20)

Ozías, rey de Judea, tomó el incensario, y como si fuera sacerdote púsose a incensar el Templo; a la hora le salió lepra en la frente.

112 (21)

Medeijs, por lisongear al rey, votó contra Ioanua, la Poncela de Francia, y assí la quemaron, pero él murió presto leproso.

113 (22)

Un hombre de bien topé ciego muy pocos días ha, y preguntele cómo había cegado; respondiome:

— Bien os acordáis cómo yo viudo, sin hijos, passaba mi vida texiendo terciopelo; vine el Domingo de Ramos al Sermón de la plaça de la Seu. Como había cargado mucha gente, parece que con el peso se caía una casa de un barbero, alterose la gente, yo que estaba debaxo sentí caer tierra sobre mi cabeça, alcé los ojos y quedé ciego; agora el señor arçobispo, don Ioan de Ribera, me da de comer.

114 (23)

Un clérigo del emperador Federico, de una sangría perdió la memoria de las letras, sin acordarse leer ni escribir, y de todas otras cosas se acordaba; passado un año, al mismo tiempo y de la misma vena le sangraron y cobró la sciencia perdida.

115 (24)

Moraba aquí en la chapinería una muger de harto buen rostro, sino que la afeaba una perla en el ojo, sin haber hallado remedio los médicos. Un día vio a

su marido que le trahían en una escalera derramando mucha sangre de las heridas, alterose tanto que curó luego de la perla.

116 (25)

Arnulpho, caballero flamenco, vicioso, fue convertido en un sermón de S. Bernardo y entró en la Orden de Cistel, y passados algunos meses en la religión, començó a padecer una enfermedad de cólica, la cual le causaba tan grandes dolores que le llegaban a punto de muerte. Y estando una vez assí, casi sin sentido, perdida la habla, y también la esperanza de la vida, dixerón de la extrema unction, y él de ahí a poco, volviendo sobre sí, començó súbitamente a alabar a Dios y decir a grandes voces verdaderas son todas las cosas que dixiste, o buen Iesú. Y como repitiesse muchas vezes estas palabras, espantándose los monjes desto y preguntándole cómo estaba, y por qué dezía aquello, ninguna cosa respondía sino repetir muchas vezes lo que había dicho.

Dezían algunos: el gran dolor le ha privado de su juizio y dize esto.

Respondió él:

—No es assí, hermanos míos, no es assí, sino que es muy gran verdad lo que Iesús ha dicho.

Ellos respondieron:

—Nosotros también confesamos esso. ¿Más, a qué propósito lo dizes tú?

Respondió él:

—Porque el Señor dize en el Evangelio que quien quiera que renunciare, por su amor, todas las afficiones de sus parientes, recibirá ciento tanto más en este siglo, y después la vida eterna en el otro. Pues yo experimento agora en mí, y confieso que de presente recibo este ciento tanto más en esta vida. Porque os hago saber que la grandeza inmensa deste dolor que padezco me es tan sabrosa por la firmeza de la esperanza, que por ella me han agora dado de mi salvación, que no la trocaría por ciento tanto más de lo que este mundo dexé. Y si yo, siendo tan grande peccador, tal consolación recibo con mis angustias, ¿cuál será la que los santos y perfectos varones recibirán en sus alegrías? Porque, verdaderamente, el gozo espiritual que me causa esta esperanza, cien mil vezes sobrepuja el gozo mundano que de presente recibía en el mundo.

Conocieron todos que un lego sin letras no dixera tales palabras si el Espíritu Sancto no morara en él.

117 (26)

Adonizebech, rey de Hierusalem, a quien mataron los hijos de Israel cortándole primero los pies y las manos. Él, cruel como assí se viesse y se acordasse de las crueldades y tiranías que hasta allí había usado, dixo:

—Setenta reyes cortados los pies y las manos comían debaxo de mi mesa las migajas que della caían, y agora veo que de la manera que yo lo hize, assí lo ha hecho Dios conmigo.

Y assí murió en Hierusalem.

118 (27)

La invencible Santa Dorotea, la cual, al tiempo del martirio, dixo que iba a coger rosas y mançanas en el vergel de su esposo, Christo. Y el alcalde Theóphilo burlando de la virgen, dixo:

—Enviarme has de essas rosas y fruto.

Ella lo prometió y, acabándola de degollar, vino un ángel en forma de un niño muy hermoso y tráxole un cestito de rosas y fruta, diziéndole:

—Esta fruta te envía Dorothea del vergel de su esposo, Christo.

Espantado Theóphilo de ver tal cosa en el mes de hebrero, hízose christiano y fue mártir.

119 (28)

Diga Santa Catharina si la desamparó en la cárcel. Allí le enviaba de comer con una paloma, allí la vistió Él mismo, esforçándola a padecer; hizo pedaços la rueda de sus navajas, prometió con voz del cielo especial favor a los que honrassen su martirio; hizo que al tiempo que la degollaron corriese leche en lugar de sangre, para mostrar la blancura de la pureza virginal. Mandó a los ángeles que tomassen luego su cuerpo, lo sepultasen en el monte Sinaí donde Él dio la ley a Moisés, y quiso que de su sepultura manasse olio medicinal con que muchos enfermos curaron. Dióle tanta sabiduría y elocuencia que convirtió a la Emperatriz, muger del que la mandaba martirizar; y a Porphirio, capitán general de su ejército, y a dozientos soldados, y cincuenta filósofos, escogidos de todas partes contra ella, convenció de modo que muy buenos christianos murieron puestos en una hoguera sin quemarse, ni sus cuerpos ni un pelo de su ropa.

120 (29)

¿Y Santa Escolástica era mártir? Pues sin ningún martirio le hizo una merced bien señalada.

Habiendo venido su hermano San Benito a visitarla, passaron dulcemente el día platicando cosas de Dios, sin que los monges que él trahía, ni las vírgines que con ella estaban, se fatigassen un punto. Llegándose ya la hora de la noche, en que el santo se despedía para volver a su monasterio, y rogándole instantemente la virgen que se quedasse allí aquella noche para continuar la plática, como no pudiesse acabarlo con él, no hizo más que dexar caer el rostro entre las palmas de las manos y hazer oración a Dios, cuando a deshora se revolvieron los cielos, y se levantó tan grande tempestad de torbellinos y relámpagos que el hermano, viendo cómo le era forçado perseverar toda aquella noche hasta la mañana en la plática comenzada, volviendo los ojos a la borrasca, dixo:

—Estas obras son de mi hermana.

121 (30)

Al tiempo que S. Epiphanio salió de Alexandría, caminando hazia Thebaida la alta, topó un ermitaño llamado Panucio, discípulo del gran S. Antonio, y díxole:

—Benedidnos, padre.

Respondió él:

—Benedicti vos a Domino.

Passaron larga conversación como entre tan devotas personas podía ser y en la vida de Epiphanio se lee. Yo no tengo ocasión de traerlas aquí, porque voy a contar trabajos de santos, con que en vuestra enfermedad os consoléis.

Este santo Panucio, tan alabado por S. Epiphanio, escribe la siguiente historia:

Un día estando en mi celda, algo fatigado de tanta soledad, me tomó un gran desseo de visitar estos desiertos tan largos de Egipto, para ver si abía algún ermitaño más, metido en el bosque y más apartado que yo. Y fue tan grande el desseo, que me olvidé de llevar pan y agua. Anduve cuatro días sin comer y llegué a una pobre ermita; estuve llamando una hora y, como ninguno me respondía, abrí la puerta y entré diciendo: benedidme, padre; y vi uno sentado; toquele y conocí que abía mucho tiempo que era muerto; quité mi ropa y cubrilo. Y con mis manos, sin tener açada, le hize la fuessa y cerré llorando aquellas venerables reliquias. Passando adelante hallé otra ermita, pero ni respondió alguno, ni dentro hallé con quien hablar. Estúveme a la puerta, rezando psalmos; y vi venir hazia la tarde un rabaño de búfalos, y en medio dellos un hermano desnudo, cubierto de cabellos; y llegando hazia mi púsose a rezar, conjurándome, como si fuera demonio. Desengañele, allegándole el nombre de mi Señor Iesu Christo; holgose mucho y díxome cómo cada día le burlaban fantasmas. Y después de aberme preguntado la causa de mi camino yo le rogué me dixesse quién era. Respondiome assí:

—A mí llaman Timotheo, y ha más de treinta años que era yo fraile en Thebaida y, por más meritar, recogime a una ermita y trabajaba allí de mis manos, y ganaba mucho y daba a los pobres todo lo que alcançaba. Tuvo imbidia el demonio y movió a una monja conocida mía que viniessse a comprarme de lo que yo trabajaba, y viniendo muchas vezes, tomole desseo de morar en mi celda, donde estuvimos una semana muy devotos; después, fue tanta nuestra fragilidad que estuvimos seis meses en pecado y, echando Iesu Christo los ojos en esta oveja perdida, reconocime y, dexando la compañía, recogime acá, a lo más solitario del desierto, donde he estado treinta años sin comer pan; luego que me puse a hazer penitencia, comencé a sentir tan gran dolor de estómago que todas mis devociões abía de decir estando echado o rebolcándome.

Y como siempre llamaba al Señor, pidiéndole perdón de mis peccados y remedio de mi enfermedad, passados algunos días, estaba yo sentado con muy grande dolor de estómago y del hígado; apareciome un venerable varón, diciendo que le mostrasse dónde me dolía; abiéndole yo señalado, ayuntó los dedos, como si fuera un cuchillo, con ellos me abrió el lado. Y aunque yo sentí en ello grandíssimo dolor, él me sacó el hígado, y mostrome las llagas que yo tenía en él. Royole con su mano y echose un paño limpio encima y, passado un rato, tornómelo a su lugar y tocándome con sus benditas manos toda mi persona, cerróme la llaga del costado, diciendo:

—Ya estás sano, guárdate de pecar, no te acontezca peor que esto, pero sirve al Señor de hoy más.

Desde entonces hasta hoy nunca he sentido mal alguno, gracias sean hechas al Señor, por su gran misericordia.

122 (31)

El monge Malchus, natural de Marinia, cinco leguas de Antiochía, era hijo de principales padres en linage y hazienda; y entendió que le querían casar, huyose y estuvo en un monasterio veinte años. Y tomándole deseo de ver a sus padres, pidió licencia. El prior de muy mala gana se la concedió, diciéndole que se ponía en gran peligro en dexar el desierto y tornar al mundo. En fin, partiendo de allí a seis leguas, en un mal passo, fue cautivo y llegó con otros caminantes a ser vendido. El que le compró tenía una christiana cautiva, cuyo marido era también muy lexos, de cautivo. Passados algunos meses, viendo el señor cuán leales y diligentes siervos tenía, para detenerlos más en su casa, ordenó que Malchus y la cautiva se casassen, y no queriendo consentir, puso los dos en un pajar, jurándoles que si no consumaban allí el matrimonio, los quemaría dentro.

Es cosa admirable ponderar lo que este santo dezía assí cerrado, según ella lo contaba. Desdichado de mí, ¿para esto guardé la virginidad en juventud, para perderla en tiempo de mis canas? Diciendo esto muchas vezes tomaba un cuchillo para matarse y dezía:

—Mira, muger, antes me verás mártir que marido.

Respondió ella:

—¿Por qué te matas por no consumir el matrimonio conmigo? Avísote que soy casada, y antes me mataría que tal sufriese.

Arrodillose Malchus alegre, dio a Dios y a ella las gracias, y concertáronse de fingir que eran casados, y assí el amo los trató con amor, y les hizo muy privados de su casa.

Un día, passados seis meses, huyéronse, y llegando a un desierto passaron un gran río a caballo en sendos odres, y a la postre siguiéndoles el amo cruel, se escondieron en una cueva. Y el amo, aguardando a la puerta muy bravo, embió un criado adentro para que los sacasse atados y dalles los tormentos que él traía imaginados. Pero el Señor que desde el cielo todo lo provee, hizo salir de lo más hondo de la cueva una leona, la cual el santo varón, habiendo estado allí toda la noche, ni la abía visto ni sentido, y esta despedaçó al cruel tirano, y estos devotos, con las cabalgaduras dél, que quedaban en el dessierto perdidas, llegaron a su patria.

Y como la muger nunca pudo saber si su marido era vivo o muerto, quedose en compañía del santo, y fingieron que eran casados, porque la gente no se escandalizasse, y Dios hacía muchos milagros por ellos, siendo él siempre virgen y ella continente, según lo contaron ellos mismos ya muy viejos a San Jerónimo, que los fue a visitar.

123 (32)

Llamábase Antonio, y por ser tan pequeño de cuerpo le llamaron Antonino. Fue un señalado doctor, y el ejemplo singular de su fe tan firme que me pedís es este:

Vino un pobre y trúxole una cesta de mançanas, pensando que según era liberal con todos, se los reharía muy bien en las estrenas. Pero el santo no le dio cosa alguna, mas que le dixo:

—Dios te lo pague.

Fuesse el pobre tan quexoso que vinieron a la oreja del arçobispo las palabras pesadas que hablaba. Mandole llamar y pidió papel, pluma y tinta, y unas balanças. Espantáronse los que allí estaban, de ver cosa tan nueva, porque no sabían si había de pesar la pluma o el papel. A la fin escribió de su mano un papelito muy pequeño, las palabras que abía dicho al pobre:

Dios te lo pague.

Y puso en una balança las mançanas y en la otra el papelito, y pesó mucho más el papelito que todas las mançanas. Confundido el pobre de vergüença, pidió perdón. Dixo el santo:

—Hermano, mira no me tengas por ingrato, aprende agora, aunque ya fuera bien que lo supieras ante, que los dones del cielo valen más que los tuyos.

124 (33)

Iba un día [San Antonio] de fiesta por la calle que dicen de S. Ambrosio, y vio dos ángeles encima del tejado de una casilla pobre; espantado, entró y vio tres doncellas y la madre, muy hermosas, descalças y muy mal vestidas, que trabajaban a prisa por remediar sus necesidades; doliose dellas, y rogoles que guardasen la fiesta, y que él las pagaría lo que de la hazienda perdían; y assí les proveyó para vestir y comer con mucha liberalidad todo el año. Y passando otro día por la misma calle, después de ocho meses, vio unos demonios en figura de Guineos sobre la casa donde abía visto los ángeles; maravillado de la novedad, entró en la casa y vio las mugeres muy pálidas y diversas de lo que solían: entonces dioles una fraterna y quitoles parte de la ración de antes.

125 (34)

Una dama de Alexandría, pidiendo al santo obispo Athanasio le diese una viuda enferma que pudiesse meritar sustentándola en su casa, diole una tan buena que a cada passo le daba las gracias de lo que por ella hazía.

Mas la dama dixo al Obispo que le diese otra en que ella meritasse. Assí le envió una mal acondicionada y terrible, la cual no solamente no agradecía los servicios que recibía, más aún se mostraba siempre airada contra todos los que le servían; y injuriaba, y a veces arrojaba lo que tenía en las manos contra la dama. Pero ella, como humilde siempre la servía haziéndole muchos regalos.

Y un día fuesse S. Athanasio y diole las gracias de la compañía que le había dado.

EL ESTUDIOSO CORTESANO

126 (1)

De un doctor sé que nunca sus letras le valieron, aunque eran muchas y buenas, pero valióle su invención en *agibilus*. Concertose con su moço y fuéronse a un pueblo donde no les conocían. Alquilaron casas con dos puertas, comenzó de poner fama por la vezindad que su amo era gran médico. Acudió gente, y el amo estaba en su cámara con su libro y pluma; llegaba la gente, decía el moço:

—¿Qué pedís vos del bonete colorado?

Señor, traigo esta orina, que mi muger cayó ayer de la escalera abaxo, y tiene esto y esto. El médico escribía todo lo que ellos contaban. Cuando ya el moço le parecía, decía:

—Miren, señores, pues ya no viene más gente, aguérdense; iré por mi amo, que ha velado esta noche en casa de un caballero. Salía entonces su amo por la puerta falsa, y los dos se topaban.

En llegando a casa, hazíales entrar dentro su cámara. Sentábase, leía lo que tenía escripto. Como la gente veía que de sola la orina acertaba lo que les había ocurrido y que los curaba con tanta destreza, en dos días le dieron fama y provecho.

127 (2)

Conocí dos excelentes médicos de la Duquesa de Calabria, pero el uno de más letras tenía esta prudencia en *agilibus*:

Como era muger gruesa y criada en los manjares de Flandes, cargábasele demasiado el pecho. Estos dos médicos ordenáronle xarabes para que se purgasse. Dixo ella:

—Quitaos de ahí, que no sabéis sino purgar, y xarabes, y esas suziedades.

Mi maestro dixo:

—Será a costa de Vuestra Excelencia, yo no soy más obligado.

Pero el otro muy callado, fuesse al arzobispo Thomás de Villanueva, y díole a entender el peligro de la Duquesa y la forma de lo que había de hazer.

Passados tres días vino el doctor muy dissimulado y dize: está bien con las medicinas habiéndolas menester, ya no estaría en este mundo.

Dixo ella:

—Como he acertado, habéis de saber que si yo os siguiera ya fuera muerta, y el Arzobispo me ha contado cómo se halló bien con una medicina, teniendo mi misma enfermedad en Valladolid. Yo la he tomado y tal sea mi vida, paseaos vosotros con vuestros embaraços.

Dixo el médico:

—En fin, señora, pues para los xarabes habemos tenido necesidad del Arzobispo, para la purga venga el Papa.

128 (3)

En una grave enfermedad de un caballero, que de manía se daba a entender que era muerto, se juntaron doctores para hazerle que comiese, porque no quería. Diciendo: *que los muertos no comen*. Ellos se despidieron. Acudió Levino Lemnio sin ser llamado, diciendo:

— Yo haré comer vuestro enfermo si hazéis lo que yo os diré.

Hazed que en la cámara haya poca lumbre, pongan una mesa con buenos manjares, y una escudilla de muy buena presa con ciertos polvillos que yo ordenaré, que le den sueño. Estando yo allí vengan algunos amortajados.

En fin, dándoles la orden, vinieron.

Dixo el enfermo:

— ¿Quién sois vosotros?

Respondieron:

— Somos muertos y queremos comer.

Dixo él:

— ¿Que los muertos comen?

Dizen ellos:

— Miraldo.

Él muy prompto, viéndolos de tan buena gana, dixo:

— Yo, también.

Acudieron con el brebaje que tengo dicho y sossegó hasta el día siguiente; comió y poco a poco convalesció.

129 (4)

Si el cuervo allega con gran sed a un cortijo y ve que no puede alcanzar el agua que está en medio del cántaro, echa piedras dentro hasta que el agua sube y puede beber.

Nos presenta Palmireno como cuento animal la astucia del cuervo para beber de una vasija o lugar inaccesible. No podemos olvidar que es un humanista, y lo que realmente hace es tomar prestado a Plinio un párrafo de su *Historia Natural*, Libro X, cap. XLIV, p. 803a, de la traducción de Jerónimo de Huerta (t. I, 1624).

Sabido es que el cuervo es famoso por su increíble longevidad y por sus dotes parlanchinas, como la urraca por sus dotes imitativas de la música, y no se molesta en disimular; véase el texto, aunque es posterior:

Un cuervo estando sediento, y no pudiendo alcanzar con el pico el beber del agua llovediza, que estaba en una hoya de un sepulcro, echó muchas piedras dentro, hasta tanto que hizo subirse agua para poder beberla.

Se aclara así también el texto núm. 620 de las *Flores* de Mathías Duque, que repitiéndolo asegura «oilo et non vidit».

130 (5)

De un papagayo he leído, que tenía el rey don Henrique Octavo en Inglaterra, y cayó con la jaula en el río Thamisa ya muy noche, y comenzó de vozear.

A bott a bott for [t]vuentye pound,

que quiere decir: barca, barca, aunque me cueste veinte escudos.

El barquero, creyendo que era algún pasajero rico, saltó allá y llevolo al Rey, contándole la liberalidad de su papagayo. Admirado el Rey, y riendo, dixo:

—No te daré más de lo que el papagayo dixere.

No se sabe si algún paje, bajito, lo encaminó, pero es cierto que el papagayo dixo:

—Gibe the knabe a grot.

Que es: dadle medio real al guitón.

131 (6)

No atinaba Galba cuyo era el caballo sobre que pleiteaban; el uno trahía muy buenos testigos, el otro, también, por tanto que era suyo porque parecía mucho al que habían perdido. Dixo él:

—No sé qué me haga; pero encomendémonos a la verdad. Llévelo un moço con toda la cabeça y orejas cubiertas a donde suelen dar agua a los caballos, y después que haya bebido, descúbralo y suéltelo, y a la caballeriza que fuere, sea de allí.

132 (7)

Claudio, emperador, a la muger que negaba en pleito ser aquel su hijo, por no darle suazienda como el padre, muriendo, había mandado. No habiendo señales ni testigos, queriendo hazer justicia, dixo:

—Pues sois viuda y este moço es gentil hombre, casad con él, y cuando venga vuestro hijo, dareisle su hazienda y yo os daré en qué viváis.

Ella, por no casar con su hijo, concedió lo que primero negaba.

133 (8)

Lo mismo acaeció al rey don Alonso en Cataluña con uno que no quería conceder el privilegio a su esclava de Fez, a quien había hecho parir y negaba.

Mandó vender el niño, y otorgó.

134 (9)

Restitución de los depositarios

Demósthènes agudamente desató la duda del que pedía el thesoro a la doncella, diciendo:

—Que era contenta de pagar, si trahía el compañero.

Estudié este cuentecillo atribuido a Demóstenes en mi edición del *Sendebarr*, Madrid, Castalia, 1990, Col. Odres Nuevos, pp. 139-140. Pero hoy puedo ampliar algo más.

Es el tipo 1591: *Restitución a los depositarios reunidos*. La primera versión es de V. Máximo, l. VII, cap. III, y aparece en la *Scala Celi* de Juan de Gobi, «El abogado», núm. 46, con solo dos compañeros, y en el *Libro de los exemplos por abc* de Sánchez Vercial, núm. 78 (7); en el *Regimiento de príncipes* (l. III, 2.º p., cap. XXI), *Recull de eximplis*, catalán, t. I, núm. CXVII, p. 112 (atribuido al bíblico Daniel); también lo hallo en *El Libro de las argucias de los árabes*, Barcelona, Paidós, 1992, t. II, pp. 198-199. En el s. XVI, además de esta versión, hallo otra en el ms. de Rodríguez Moñino de la RAE (J. Fradejas, *Más de 1001 cuentos del Siglo de Oro*, Pamplona, 2008, núm. 954 [217], p. 497); Erasmo, *Apotegmas*. Trad. de Jarava, 1549, fol. 181; Pero Sánchez, *Historia Moral* (1595), fol. 67v; y en el s. XVIII lo incluye Francisco Asensio en su *Floresta española* (p. I, clase IV, cap. III, núm. 17).

135 (10)

Notable cosa en las Indias de los españoles.

En la ciudad de la Ascensión los del pueblo, comuneros, tenían preso a su gobernador, en prisión tan oscura y húmeda que nacía la yerua debaxo de la cama; y guardáuale vno dentro la cámara, a quien él había hecho dar cien açotes pocos días antes; tenía dos puertas con candados y afuera bien armados lo guardaban día y noche, a los cuales pagaban bien con la hacienda del preso. Con toda esta guarda, eran tan buenos los ingenios de sus amigos que cada noche, o tercera noche, le metía la india que le llevaba de cenar vna carta por donde sabía todo lo que de fuera passaba. Es cierto cosa de maravillar; porque quando la muger entraba, la hazían las guardas despojar, y dexando allí la ropa, desnuda en cueros entraba la comida. Después que las guardas habían hecho todo el pan rebanadas, por ver si venía carta o billete dentro dél, y mirado la olla, después catábanle la boca, y los oídos trasquilándola, porque no la llevasse dentro los cabellos, y catándola todo lo posible, que por ser cosa vergonzosa no lo señalo, passaba la india por todos en cueros y, llegada donde estaba el gobernador, daba lo que traía a la guarda, y ella se sentaba par de la cama del gobernador, como la pieça era chica, y sentada se començaba a rascar el pie, y así rascando se quitaba la car-

ta y se la daba por detrás del otro. Traía ella esta carta, que era medio pliego de papel delgado, muy arrollada sotilmente y cubierta con un poco de cera negra, metida en el hueco de los dedos del pie chiquito, hasta el pulgar, y venía atada con dos hilos de algodón negro, y desta manera metía y sacaba todas las cartas, y el papel que abía menester, y unos polvos que hay en aquella tierra de unas piedras, que con una poca de saliva, o de agua, hazen tinta. Los contrarios, viendo algunas vezes al gobernador alegre, sospecharon que la india le avisaba de algunas cosas de fuera; y para saber y asegurarse desto, buscaron cuatro mancebos de entre ellos, para que se enviviessen con la india, en lo cual no tuvieron mucho qué hazer, porque de costumbre no son escassas de sus personas, y tienen por gran affrenta negallo a nadie, que se lo pida. Y dizen, como gente bestial y sin fe ni razón, que para qué se lo dieron, sino para aquello. Y envueltos con ella, y dándole muchas cosas, no pudieron saber ningún secreto della durando el trato y conversación onze meses. Deste modo, quedó entre ellos y mí tal amistad que los tuve tres años por testigos de mis estudios, y algunas vezes passando por allí, me hazían quedar por fuera.

Algunos condiscípulos míos me dezían: No tenéis verguença tan moço estar siempre entre aquellos gargajos.

136 (11)

Tenía Antígono un soldado llamado Ítamo, muy valiente, y díxole:

—¿Cómo vos tan amarillo?

Dixo él:

—No me entienden los médicos una enfermedad de que vivo muy afligido.

Tomó el Rey cargo, y con grandes premios halló quien le dio salud.

Después, en las batallas, no era tan animoso. Preguntándole el Rey la causa, le dixo:

—v. m. lo ha causado al darme salud, porque primero tenía en poco mi vida, con tantas enfermedades.

Vid. el comentario de 93 (1).

137 (12)

Enojábase Diógenes con los que hazían costosos sacrificios a los dioses porque les diessen salud, y en esos días hazían banquetes hasta adolecer.

138 (13)

Dezían a Zenón:

—¿Cómo es esto que en la escuela, calle y plaça sois tan severo y triste, y en la mesa tan regozijado?

Respondió:

—Porque soy como los altramuzes, que de sí son tan amargos y remojados se hazen dulces.

139 (14)

Estaba [Isócrates] callando y comiendo.

Dixéronle:

—Cuéntenos algo con que nos holguemos.

Dixo él:

—Lo que yo he estudiado no es de aquí, y lo de aquí no lo he estudiado.

140 (15)

La hora de comer

Pedíanle a Diógenes ¿cuándo era la hora de comer?

Dixo:

—Al rico, cuando quiere; al pobre, cuando puede.

Es uno de los dichos o facecias de Diógenes que nos transmitió Diógenes Laercio y apareció tempranamente en nuestra lengua: *Bocados de Oro*, Ed. Crombach, p. 39, núm. 3, 1; *Buenos proverbios*, Ed. Knust, p. 61; *Floresta de los filósofos (Rev. Hisp., 1904)*, p. 94; Lobera de Ávila, *Banquete de nobles caballeros*, cap. III, pp. 19-20; Feliciano de Silva, *Segunda Celestina*, Ed. Baranda, Cena XXI, p. 336; Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, Ed. Castro, p. I, cap. XXVII, p. 402; *Coloquios*, Editorial Ciap, *Coloquio del Sol*, p. 177; A. de Villegas, *Comedia Selvagia*, Libros Raros, A.V., Cena I, p. 239; Juan Timoneda, *II P. de Sobremesa*, Ed. Clas. Castellanos, 19, núm. 17, pp. 274-275; M. Santa Cruz, *Floresta española*, p. VI, cap. VIII, núm. 4; Garibay, *Cuentos*, BAE, 176, p. 218a; J. de Pineda, *Diálogos de Agricultura*, BAE, 1161, p. 351b (tiene otras dos versiones más); J. de Espinosa, *Ginacepaenos (Diálogos de las mugeres)*, p. 222; Cervantes, *La Entretenida*, j. 1, i, p. 15, v, 13-14; S. de Covarrubias, *Tesoro de la lengua*, p. 342b, s. v. *comer*; M. Duque, *Flores*, núm. 213; J. Ruiz de Alarcón, *No hay mal que por bien no venga*, Ed. Bonilla, A. II, esc. IX, pp. 104-107; A. Salazar, *Cuentos*, Ed. Fradejas, núm. 105 (92), p. 96. Polidoro Virgilio asegura que en el «Concilio gabilonense que ninguno se vaya a comer antes que se acaben los oficios divinos que se dizen antes de mediodía».

141 (16)

Convidaban a Aristarcho y no le querían decir quién eran los demás convidados. Dixo:

—Bueno será que para navegar o ir a la guerra me informare de los compañeros; y ¿habiendo de tratar entre vino, iré sin saber la complexión de los otros convidados?

142 (17)

Paulo Emilio, dezáñle, cómo era tan curioso en un banquete, después de haber vencido.

Dixo: Eiusdem esse animi et aciem et convivium bene struere. Lo uno, para que tus contrarios te teman; lo otro, para que seas apasible a tus amigos.

143 (18)

¿Por qué no aceptáis convites donde os ruegan, Arístides?

Porque tengo cargo de república y no quiero quedar obligado a hacer contra justicia.

144 (19)

Para conocer un señor de siete criados cuál le había hurtado una taça de plata, ordenó en un mesón con un estrangero (por modo de burla) que fingiesse que sabía adivinar, y delante de todos los criados puso un gallo debaxo un caldero, y untóle con azeite lo que está negro del fuego, diziendo:

— Yo te conjuro por Bárbera, Celarent, Darii, Ferio, Baralipton que cantes luego que el ladrón tocará el caldero.

Tocaron todos, y nunca cantó:

Dixo él:

— Miren el que tuviere más limpio el dedo, esse es el ladrón, porque de temor no osó tocar tanto como los otros. Y concedió el hurto el moço que menos estaba manchado de hollín y azeite.

145 (20)

Dize Lambridio que Turino fingía privar mucho con él; y porque desto quedaron muchos burlados y recibieron notable daño, mandole castigar con paja mojada, leña verde, dándole humo atado a un palo hasta que se ahogó.

Dezía el pregón: Muera con humo el que humo vendía.

146 (21)

También es *festive dictum* del doctor que iba a predicar y le salió al camino un rústico, diziendo:

— Señor, hanme dicho que sois muy sabio, he perdido mi asno, ¿sabríades me dezir cómo le hallaré?

Respondiole:

— Ven conmigo.

Y siguióle.

Saliose a predicar y cuando estuvo muy encendido en declarar la fuerça del amor de Dios, començó de hazer comparación con un enamorado deste mundo, diziendo:

—Para que esto veáis, acordaos cómo nos mueve el amor, a qué cosas nos atrahe. Dezyd, ¿quién hay aquí que no haya sido algún tiempo enamorado?, ¿quién hay que no sepa qué es el amor?

Levantose uno diziendo:

—Yo, señor.

Volviese el predicador al rústico y díxole:

—Cata ahí tu asno.

147 (22)

El almirante de Castilla convidó a unos portugueses, dioles de comer rui-señores, aves de poca carne y mucho cantar, y servíanles truhanes, de modo que estaban muertos de hambre y hartos de risas; dixeron ellos:

—Mais manjares y menos donaires.

148 (23)

Dixo un caballero a un médico:

—Para el día que esta larga calentura cessare yo os prometo este plato de plata. Passados tres días, dixo uno:

—Señor doctor, mire que mi amo ya non tiene calentura.

Respondió el médico:

—Amicus Plato, amicus Sócrates, sed magna amica veritas, pues yo hallo otra cosa en el pulso.

149 (24)

El Duque de Cessa, que tratando con el papa Hadriano de echar en el río a maestre Pasquín, que es una estatua de piedra a donde cada mañana aparecen cien mil papeles llenos de malicias, dixo:

—Padre sancto, no hay echar a Pasquín en el río, porque por muy hondo que caiga, no dexará de cantar como rana.

Y respondió el Papa:

—Pues quémale y hagan dél cal para cimientos.

Replicó el duque, sonriéndose:

—Beatíssimo Padre, si los poetas ven quemar a su patrón, ¿quién quita que no quieran celebrar su martirio con versos y elegías y con sus crueles plumas vengar su muerte?

150 (25)

Philoxeno, que se ponía el pescado en la oreja en la mesa del rey Dionisio.

Cf. núm. 11 y su comentario.

151 (26)

Murió en los Gelves el hijo del Duque de Alba. Dixo el Rey:

—En cuidado estoy quién llevará esta nueva a su padre.

Tomó el cargo don Ioan Emanuel, y como fue a visitar al Duque, preguntóle:

—¿Qué nuevas tenemos del campo?

Dixo don Iuan:

—Muy malas, porque los nuestros han huido como cobardes.

Dixo el Duque:

—¿Y mi hijo también?

Respondió:

—No, señor, que este como buen caballero quedó en el campo.

152 (27)

Pidía un cínico al rey Antígono un real.

Dixo él:

—No es cosa de Rey dar tan poco.

Dixo el cínico:

—Pues deme seiscientos escudos.

Respondió el Rey:

—No es justo que a un cínico se dé tanta moneda.

153 (28)

Rogaba un padre a su hijo, juez de un pueblo, que le otorgasse cierta cosa que era contra justicia, diciendo:

—Mira que como buen hijo eres obligado a obedecerme.

Respondió:

—No lo puedo hazer, porque siempre v. m. me enseñó y mandó que fuesse amigo de justicia, y en no hazer esto, le soy más obediente que haziéndolo.

154 (29)

Aeliano cuenta algunas sutilezas, principalmente de unos cossarios que en el mar de la Toscana cautivaron un porquerizo y, vozeando él dende la barca, corrieron los puercos y çabullieronla con todos los que iban dentro y salvaron a su amo nadando.

CAMINO DE LA IGLESIA

155 (1)

Siendo [Saladino] soldán de Egipto y Siria, mandó que en su muerte fuesse un pregonero por la ciudad, con una camisa vieja en una lança, diciendo:

—Esto es lo que queda del vencedor de Oriente.

156 (2)

Preguntaba el emperador Segismundo a Theodorico, arçobispo de Colonia, cómo podría ser en esta vida dichoso.

Respondiole que en ninguna manera. Tornó a preguntar que le dixesse ¿cómo podía ir al cielo?

Respondió:

—Camino derecho.

Y diciendo él:

—¿Qué es camino derecho?

Dixo el Arçobispo, que haga Vuestra Majestad estando sano todo lo que tenía en propósito estando enfermo.

157 (3)

Habiendo a fuerça de armas echado Guido de la Torre a Matheo, vizconde del estado de Milán, y sabiendo que se había recogido a Nogarola, en el condado de Verona, envióle embaxadores, los cuales le hallaron paseando junto al río con un hombre particular, y preguntándole, de parte de su Señor, ¿qué hazía?, ¿si tenía esperanza de cobrar a Milán y cuando?, respondió:

—¿Qué hago? Ya lo ven. ¿Si tengo esperança? Digo que sí. ¿El cuándo? Será cuando los pecados de quien me echó serán tantos como eran los míos, cuando Dios le dio fuerça para echarme.

158 (4 y 5)

San Juan Clímaco. Cf. núms. 6 y 7.

159 (6)

El rey David cada día rezaba siete veces, de lo cual la sancta Madre Iglesia sacó las *Siete horas canónicas*.

160 (7)

Daniel subiendo a lo más alto de la casa, abriendo las ventanas hazia Hierusalem, tres veces rezaba al día.

161 (8)

Tobías, el viejo, siempre oraba con lágrimas, y así mereció que los ojos lloradores cobraran vista.

Y Tobías, el moço, antes de consumir el matrimonio estuvo orando tres noches con Sara, su esposa, y así vivió con la que siete esposos había sepultado.

162 (9)

El compañero de fray Martín Bituriense había comenzado una missa, y acordándose que la mula estaba aparejada y era hora de ponerse en camino, dexó la missa y subió a caballo. Pero ni sus espuelas, ni sus amigos bastaron a mover la mula hasta que volvió a la iglesia y, acabada la missa, caminó con la facilidad y sazón que deseaba.

163 (10)

El patriarca Ioan de Alexandria, viendo que la gente se le iba de la iglesia en haber sumido y sin aguardar el *Ite, missa est*, saliose un día tras ellos y, como todos paseaban en la plaça, púsose a pasear entre ellos con su casulla y aderezos de misa, y preguntándole cómo venía así, respondió que donde están las ovejas ha de estar el pastor.

Ellos, corridos, volvieron a la iglesia. Y para en adelante se enmendaron.

164 (11)

Fantino, natural de Çaragoça de Sicilia, había dado toda su hazienda a pobres, y para poder hazer limosnas passose a Calabria, y assentó con amo idólatra y, entre los gentiles, tenido por cruel. Llamábase Balzanio. Passados algunos meses, viendo el amo flacos los caballos y yeguas que le diera a apacentar, salió de seso y arremetió para él. Pero Fantino, huyendo llegó al río Motabro de Tabritana, hizo oración y dio con una vara, abriose el río y pasó.

El amo quedó espantado y dixo que si hazía que él pudiesse passar así se volvería christiano, y así lo hizo.

165 (12)

Benedicto, papa décimo, después de muerto apareció al obispo Ioan Portuense, y revelole cómo por la oración de Odilón, abad, era libre de pena eterna, pero que le habían dado algunos meses de Purgatorio.

Entonces Odilón y todos sus frailes rogaron por él muy devotamente, y apareciores con gran resplandor, dándoles las gracias, que lo habían librado.

166 (13)

Arnulfo, obispo turonense, vio el alma de uno que acababa de morir, cómo la llevan al Infierno: rogó por él, resucitó y enmendó su vida.

167 (14)

De un anachoreta se lee que, pidiéndole un monge le prestase cierta cosa de su celda, entró tres veces, y a la postrera dixo:

—Entraos vos, porque cada vez se me olvida a que soy entrado.

Tanto estaba embebecido en Dios, que aun para esto no tenía memoria.

168 (15)

Y el bien venturado Santo Thomás se arrobó hasta que se le acabó la candelá en la mano, y se le quemó gran parte de los dedos, sin que él recordasse.

169 (16)

Preguntándole el abad Agathón, de las obras espirituales, cuál era la más trabajosa:

—El bien rezar.

Y tuvo razón, porque entonces el demonio con toda traición nos persigue, entendiendo cuánto bien nos quita, inquietándonos en cosa tan alta.

170 (17)

Rezaba una vez San Francisco, y viendo el demonio que se detenía más de lo acostumbrado, fingió ser ángel y dixo:

—Francisco, Francisco, a los penitentes perdona Dios, no a los que lo importunan con palabras.

Mas no por esto dexó la oración.

171 (18)

Otra vez rezando él, bramaban los diablos en el tejado, y con estruendo y aullidos procuraban espantarlo. Salió a ellos, diciendo:

—Venid, malignos, que por muchos golpes que me deis, no me haréis mal; antes os digo que me vengaréis deste mi contrario.

Llamaba contrario a su cuerpo.

172 (19)

Otra vez rezando vínole gran tentación de luxuria. Levantose y açotose fuertemente y, viendo que perseveraba el mal desseo, echose desnudo en la nieve, diciendo:

—Uxorem vis aselle? en habes.

173 (20)

Sulpicio, obispo vituriense, oraba de noche y oía espantables gritos, pero sin temor prosiguió.

174 (21)

Salió de noche un fraile llamado Máximo a orar junto a la ribera, porque estaba cerca el monasterio. Luego apareció una gran nave y los que desembarcaban hazíanle gran acatamiento, diciendo que por su gran fama venían desde Suria a visitarlo y que, si quería ir por aquellas tierras, haría gran provecho en las almas de muchos que lo aguardaban; y que sin paga lo llevarían y darían de comer, si quería embarcarse con ellos. Pero el sancto varón, rezando con la humildad del Publicano, hizo que desapareció la nave.

175 (22)

Leonardo, fraile corbiacense, rezaba con gran devoción, y una serpiente subíale poco a poco hasta los pechos, pero nunca dexó su oración. Y acabado, dixo:

— Ven acá, serpiente, haz en mí todo lo que el Señor te ha concedido.

Historias de la Fe, Esperanza y Charidad

176 (23)

San Basilio no podía con ningunas razones convertir a un médico judío llamado Ioseph. Adoleció en aquellos días el gran Basilio y, passados algunos extremos de la enfermedad, dixo el médico:

— Vuestra señoría morirá esta noche.

Respondió San Basilio:

— ¿Qué pena quieres si vivo un día más?

Dixo Ioseph:

— Yo me tornaré christiano.

Entonces con gran fe oró Basilio y estuvo muy bueno, y al día siguiente fue a la iglesia, dixo a todo el pueblo la missa, bautizó al judío, volvió a casa, adoleció y murió aquella noche.

177 (24)

Aún no estaba Dionisio Aeropagita firme en ser christiano, assí dixo a Sant Pablo:

— Para que yo crea lo que me has predicado, haz que este ciego, en nombre de Iesú, cobre la vista.

Respondió San Pablo:

— Mas antes, porque de mí no tengas sospecha, llega tú mismo al ciego y dile, que en nombre de Iesú, que la cobre.

Hízolo assí y sucediendo el milagro, tornose christiano y fue gran predicador y sancto.

178 (25)

Reprehendían muchos filósofos al emperador Constantino porque permitía la ley cristiana; dixo:

—Ajuntaos muchos de vosotros, y venid a disputar de hoy en quinze días.

Venido el plazo, y siendo vencidos los filósofos, salió uno que quedaba, tan agudo que ninguno de los cristianos osaba disputar con él. Pidió licencia un simple sacerdote para disputar. Los padres del Concilio, sabiendo su inhabilidad, no lo permitían pero, porfiando, recabó licencia y dixo assí:

—¿Oyes, filósofo? Mándote en nombre de Cristo que escuches la verdad que te digo.

Dios uno y solo es, el cual con la virtud de su Verbo, cumplió y crió todas las cosas, y las confirmó con la sanctificación del Espíritu Sancto.

Este Verbo, que nosotros llamamos Hijo, doliéndose del linaje humano, se encarnó en la Virgen,

y nació de la siempre Virgen,

y con su muerte nos libró de la muerte perpetua.

Resuscitó,

subiose al cielo.

Aguardámoslo, que ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Di, filósofo, ¿crees esto?

Respondió:

—Sí que lo creo.

Dixo el sacerdote:

—Pues ven conmigo y tomarás la señal de esta fe.

Entonces el filósofo volvió el rostro a sus compañeros y dixo:

—No os maravilléis hermanos, porque cuando conmigo disputaban con palabras, yo tenía palabras; pero cuando con virtud celestial, yo no he tenido que responder, pues este sacerdote no trataba conmigo con ciencia sino con la virtud de Dios, a la cual ninguno puede resistir, y assí confieso ser cristiano.

179 (26)

La fe de Sant Chrisóstomo se vio cuando le mandaron quemar su casa, porque no admitía la secta arriana, y por tres vezes puesto fuego, no se pudo quemar, pareciendo ángeles que la defendían y espantaban a los soldados.

180 (27)

Airado el capitán Gantias, ayuntó un grueso ejército y entrose por la tierra con gran saña, talando los campos.

El emperador Arcadio, por escusar muertes, envióle al mismo Chrisóstomo por embajador, y creyendo que Gantias lo mataría, en viéndolo se humilló y pidió perdón, y después lo defendió de los arrianos.

181 (28)

La fe de Sant Basilio se vio cuando el emperador Valente quitó la iglesia o templo de Nicea a los cathólicos y la dio a los heréticos arrianos, porque dixo Basilio:

—Vuestra Majestad mande que cierren las puertas y, selladas con sellos de ambas partes, aquellas por cuyas oraciones se abrirán, tomen possession.

Passados tres días que los arrianos rezaban y nunca se abrían. Llegó Sanct Basilio y, habiendo rezado, dixo a la fin con gran fe:

—Atollite portas principes vestras, et...

Luego cayeron las aldabas y sopló un viento que abrió las puertas.

182 (29)

Exemplo de firmíssima y constantíssima fe es el que cuenta Cirillo que vio en Hierusalem. Dize que:

Después de muerto Sant Gerónimo, un malvado herético, llamado Sabiniano, publicó un libro de infinitos errores y púsole título de Sant Gerónimo. Pero Silvano, obispo de Nazaret, disputó con él, y delante a todo el pueblo se obligó que si el día siguiente no mostraba Sant Gerónimo, con milagro divino, cómo aquel libro no era suyo, y que la doctrina era falsa y errónea, que le cortasen la cabeça, y si milagro había, la quitassen a Sabiniano.

El día siguiente, estando todo el pueblo junto, llegaron los dos, y rezando devotamente a la sepultura del santo, como ya se ponía el Sol, aparejéronse para descabeçar a Silvano; mas él nunca desmayó en la fe y, al tiempo que extendió el pescueço, apareció Sanct Jerónimo, asió la mano del verdugo, reprehendió al herético y desapareció.

De allí a poco, sin cortarla alguno, cayó la cabeza de Sabiniano.

183 (30)

Phanias, criado del príncipe Poterio, enamorado de la hija de su señor, no hallando modo con que alcanzarla, consultó con un nigromante, y al fin con un albarán obligó su alma al Demonio, el cual sacó invenciones con que se efectuó el casamiento.

Passados algunos días, como su esposa no le veía rezar ni santiguarse, muy espantada preguntole la causa, y como él la encubría, passados algunos días importunando ella, confessó lo que passaba.

La muger fue muy congoxada a Sant Basilio, pidió el remedio y el sancto varón predicando muchos días convirtió al desesperado Phanias; aquel confiado en la misericordia del Señor ayunó 40 días y confessó.

Teníale Basilio en su casa, venían cada día los demonios contra él, y el Santo lo defendía. Tráxolo después al templo y delante de todos lo defendía, y mandó a los demonios restituyessen el albarán; ellos, gritando con aullidos, dezían:

—Basilio, Basilio, ¿por qué hurtas el siervo ageno?

Dieron el albarán, rasgole el obispo, y Phanias fue buen christiano.

184 (31)

Teófilo

Theófilo, arcediano de Carmania, hizo albarán al Demonio porque le restituyese en el cargo de que le había echado su obispo; pero después hizo tanta penitencia que Nuestra Señora le cobró su albarán y, habiéndolo él mismo rasgado, murió de allí a tres días y su sancto cuerpo con el favor de Dios hizo milagros.

Es una de las leyendas medievales más conocida y difundida. Al parecer Teófilo —personaje real e histórico— vivió en el s. VI y era vicario del obispo de Adana en Cilicia. Eutichiano, preste y fámulo de Teófilo, puso por escrito su leyenda en griego a la cual se atribuyen dos motivaciones: deseo de riquezas y deseo de gloria y honores.

Folclóricamente se le atribuye el tipo 1170. *Un hombre vende su alma al diablo*. En la Literatura española poseemos las siguientes versiones: 1.^a Gonzalo de Berceo, *Milagros*, xxiv; 2.^a Alfonso X, *Cantigas*; 3.^a Fray Juan Gil de Zamora, *Liber María*, 2; 4.^a Sancho IV, *Castigos e documentos* (cap. 82); 5.^a C. Sánchez Vercial, *Exemplos por abc*, núm. 261 (192); 6.^a *Espéculo de los legos*, núm. 361; 7.^a Fray Gonzalo de Ocaña, *Vida y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, folios 110-112; 8.^a *Recull de eximplis*, núm. 408; 9.^a San Bernado de Caravaca, *Tratado de infancia del Salvador* (1493), fol. 58...

A partir del s. XVI: Francisco Mexía, *Colloquios* (1567), folios 87-89; Alonso de Villegas, *Fructus sanctorum*, folios 140 (27) y 268 (16); A. Fernández, *Historia de los milagros del Rosario*, libro II, cap. VI; A. de Andrade, *Itinerario historial* (1648), p. 958; J. Alloza, *Cielo estrellado* (1695), núms. 143 y 235; Cristóbal Lozano, *Historias y Leyendas* (1652), t. II, pp. 162-173.

185 (32)

Victorino, obispo, estando en el yermo fue engañado por el demonio en figura de muger; sintió tanto esta fornicación que, puestas las manos en una partidura de un tronco, estuvo tres años no comiendo sino yerba cruda y bebiendo agua fría. Con esta penitencia llegó a obispo y mártir.

186 (33)

Albano fue tan mal hombre que mató a su padre; tocó el Señor en el corazón, anduvo peregrinando toda su vida, haciendo penitencia y, siendo martirizado, todos los leprosos que tocaban su cuerpo curaban luego.

187 (34)

Bamón, salteador de caminos, hecho monge, en su celda llevaba grillos en pies y manos de muy pesado hierro; comía pan de cebada con ceniza, dormía sobre el cilicio y una piedra por almohada, y muchas veces rezando tenía la misma piedra en el hombro.

Con tal penitencia alcanzó tal favor del Señor que hizo milagros.

188 (35)

Genebabolus, obispo laudunense, habiéndose apartado de su muger y votado religión, después pecó con ella. Desto hizo penitencia siete años, llorando sin salir de la iglesia, hasta que el ángel le avisó cómo era perdonado. Y el mismo ángel mandó que Sant Remigio lo restituyere en el asiento antiguo.

189 (36)

Antes que Sant Gregorio fuese papa, en el día de Sant Andrés, a la hora que ya querían venir a vísperas, uno de sus frailes perdió la vista y comenzó de temblar, dando grandes voces. Como no podían entender su mal, dixo Sanct Gregorio:

—Llevémosle al altar de Sanct Andrés.

Y puesto en tierra, rogaron todos por él. Tornó en sí, y contó que le había aparecido un viejo y le había arrojado un gran mastín negro para que lo despeçasse diciendo:

—Di, apóstata, ¿por qué te quieres huir del monasterio?

Y como no pudiese yo defenderme, vinieron muchos frailes a rogar al viejo por mí, y assí me dexó.

Y conozco que estas han sido las oraciones que agora todos estos frailes hazían por mí. Yo confieso que por no perseverar en la religión, me ha venido la desdicha que han visto.

190 (37)

Antonio, abad de Alexandría, arrobado en éxtasi, vio que los ángeles lo llevaban al cielo, y los demonios por detenerlo alegaban algunos peccados viejos. Y los ángeles probando que ya eran perdonados con la penitencia de haberse hecho monge, y que después no había cometido otros, lo pusieron con los bienaventurados y de allí volvió a la tierra.

191 (38)

Cuánto aprovechan las lágrimas vémoslo en Santa Mónica, que lloraba cada día ver a su hijo herético, y oyó una voz del cielo, que donde ella estaría, allí había de estar su hijo Agustino. Y rogando a un obispo que rogasse por él, le dixo que descansase, que hijo de tantas lágrimas no podía perderse; y al fin Sant Ambrosio lo convirtió.

192 (39)

Santa María Egipciaca

Como vida es la penitencia de los que pecaron de luxuria, como Santa María Egipciaca, que anduvo tan vestida por agradar a los hombres, y después 60 años desnuda, por agradar a Dios en el yermo.

Es una de las vidas de santas mujeres que habían sido «mundanas». Aparece por vez primera como *Poema de Santa María Egipciaca* (1215), de origen francés, que también se prosificó. Don Álvaro de Luna le dedicó una vida en sus *Claras y virtuosas mujeres* (s. xv).

Aparece en todos los *Flos sanctorum*; don Pedro Calderón escribió un auto sacramental (perdido) sobre ella; A. Mira de Amescua la hizo protagonista de *La gitana de Menfis*; a la vez que se encuentran varios *pliegos de cordel* (Durán, *Romancero*, núms. 1307 y 1308, o el de A. A. Sánchez de Villamayor, *La mujer fuerte*, Málaga, 1677); Cristóbal Lozano, *Historias y Leyendas*, t. II, pp. 184-205; O. Respighi estrenó en Nueva York (1932) un *Misterio* musical. La mejor edición y estudio es obra de M. Alvar (1970), 2 volúmenes.

193 (40)

Y Pelagia, ramera, que vestida como hombre hizo penitencia junto al monte Oliveto.

194 (41)

Y Theodora, que después llamaron fray Theodoro y Taïs de Alejandría, convertida por el abad Panucio.

195 (42)

En el monasterio de París fue Aurea moça de santa vida y, siendo abadessa, sintió gran pesar en ver un clérigo que leía ruinmente el Evangelio; arrebatole la estola, y cantó ella misma el Evangelio. A la noche, reconociendo su soberbia, renunció al cargo de abadessa y hizo penitencia siete años, sin salir de su celda. Hízose una silla que le llegaba hasta los hombros, con muchos clavos agudos puestos según el número de los salmos que era obligada a dezir. Hizo penitencia sin perder la dignidad, la cárcel de su celda, ayunos, vigílias, los clavos de su silla.

196 (43)

Estuvo Nathanael, anachoreta, 37 años sin salir de su ermita; hízose el demonio recuero y daba voces:

—Padre, ayudadme a alçar este asno cargado de pan.

Hallose confuso; porque la charidad le movía a salir a ayudar al próximo, pero lo que había votado le estorbaba; pero temiendo no fuesse el demonio, dixo:

—Si christiano eres, ruega a Dios que él te ayudará. Si contrario a Christo, no mereces que te ayuden.

Assí desapareció el demonio.

197 (44)

Machario, abad de Alexandría, atreviose una noche a dormir dentro de una sepultura de gentiles sobre los huessos, y oyó una voz que dezía:

—Venid presto.

Y respondieron los huessos, que tenían gran carga encima, que no podían ir.

Dixo él:

—Id, si podéis, que yo esta noche aquí me aloxaré.

198 (45)

Apareciole otra vez con una hoz muy espantable para herirle, pero no le temió.

199 (46)

Otra vez passó como médico, con muchas redomillas, que venía de dar a beber a los frailes; solo fray Theorisco había bebido, conjurolo y dixo la verdad, y corrió a dar remedio al fraile.

200 (47)

A un fraile que se había puesto en el pensamiento que se fuesse a la ciudad, porque allí a ninguno aprovechaba, diole este consejo:

—Quando tal pensamiento te venga, dirás: ya que no haga otra cosa en el desierto, esto me basta, que por amor de Jesu Christo no me voy de la ermita.

201 (48)

Preguntáronle un día que por qué llevaba una talega de arena a cuestas: Vexare se vexatorem suum respondit. Porque la luxuria con trabajo se doma.

202 (49)

De Sant Hilarión cuenta Sant Hierónimo que se divirtió rezando, y el demonio, como le vio hincada la cabeça en tierra, subió sobre él, y con las espuelas dábale en los lados, con el açote en la cabeza, burlando le dezía:

—Si estás desmayado, asnillo, yo te daré cebada.

203 (50)

Engaña muchas veces viniendo como ángel muy hermoso, y así perdió a Herón, viejo, en Thebaida, después de haber ayunado 50 años, diciendo que Dios mandaba que se echase en un pozo.

204 (51)

A otro sancto apareció con gran resplandor en su cámara y, cuando le tuvo bien seguro, dixo que no le faltaba sino la obediencia de Abraham, y así le hizo que matase su hijo.

205 (52)

Elfego, arzobispo de Cantuaria, aparejado en la cárcel para el martirio, sacándole a media noche con gran resplandor, en el camino rogó a Dios le desengañase si era aquel buen ángel, y así desapareció, y él volvió al martirio.

206 (53)

A Evagrio, presbítero, aparecieron tres clérigos disputando a la puerta de su ermita, cada uno de su secta; encomendose a Dios, defendió la fe cathólica y, vencidos, desaparecieron.

207 (54)

Apareció a Sant Martín, con corona de oro, vestido de grana y gran resplandor, y dixo:

—Yo soy Christo, que vengo a juzgar vivos y muertos.

Dixo el Sancto:

—Cuando yo viere las señales de la Passión, la corona de espinas y la cruz, creeré que es mi Señor.

Assí desapareció, dexando gran hedor.

208 (55)

A Pacomio, monge, y a Paterniano, obispo, se mostró como donzella perdida de noche, mas fuese vencido.

209 (56)

Hizo caer al papa Zózimo; el obispo Antidio le libró avisándole que de noche había visto unos demonios, y uno dellos decía que siete años lo había tentado y que ya había dormido con una donzella.

Viendo el Papa su secreto manifiesto, hizo penitencia.

210 (57)

Sara, abadessa de Thebaida, muy tentada de luxuria, rogó al Señor que no le quitasse la tentación, sino que le diesse siempre victoria. Duró 13 años la pelea, y un día, viéndose casi vencida, oró y apareciole el demonio diziendo:

— Viciste, Sara.

Dixo ella:

— Non ego vici, sed dominus meus Iesús.

211 (58)

Santa Teodora

Theodora, alexandrina, engañada por un caballero, cometió adulterio y, conociendo ser indigna de la cama de su marido, vistiose como hombre y metiose fraile.

Viendo el demonio la gran penitencia, apareciole diziendo que en balde se maltrataba, que el pecado era grande y no sería perdonada.

Oró, y él fue vencido.

San Ambrosio escribió una vida que, aunque no la conocemos, se menciona en la *Historia Lausiaca* de Palladio. Clemente Sánchez Verzial, en su *Exemplos para abc*, cuenta su pecado y arrepentimiento (núm. 108-37), al igual que el *Recull de eximplis*, núm. 528; D. Álvaro de Luna le dedica en él l. III el capítulo XII de sus *Claras y virtuosas mujeres*.

Hay una *Vida y penitencia de Santa Teodora de Alexandria*, Madrid, 1619, y en el teatro diversas alusiones y una obra atribuida a Lope de Vega, por unos, y a Andrés Claramente y Corroy, por otros: *Pússosseme el sol; saliome la luna*.

212 (59)

No pudo vencer a Santa Iustina con encantamientos de Cipriano para que casasse con Aglayo; tomó forma de donzella que la venía a servir, y passados quinze días mostrose triste diziendo:

— Temor tengo que la virginidad nos dañará, pues manda Dios: *crescite et multiplicamini*. Y las sanctas mugeres tuvieron hijos.

Quedó Iustina suspensa, pero orando y haziendo la cruz, venció.

213 (60)

San Francisco, para resistir a una tentación, se metió en agua fría hasta el pescueço.

214 (61)

Y San Benito se echó desnudo en un çarçal, donde se espinó el cuerpo; assí dize Sant Gregorio.

215 (62)

El abad Serapión y sus frailes se alquilaban a segar y trillar las horas que vacaban del choro, y daban las ganancias a los pobres.

216 (63)

Al fin de Francia, en el monasterio de Fontanelli, moraba el abad Vandon, el cual él mismo había edificado. Y aunque él y su sobrino Guido trabajaban, viose un día en gran necesidad; pero la reina Batilde, avisada por un ángel, envió una carretada de vitualla; pero no por eso dexó él de allí adelante de trabajar de sus manos.

217 (64)

El abad Venerio, en la isla Palmaria, que está a dos leguas del pueblo de Luna, habiéndole faltado las yerbas y frutas silvestres de que solía sustentarse, ayudándole Dios con un sárculo y un poco de ordio que tenía, en un día aró, sembró y segó el mismo día.

218 (65)

El abad Arsenio muchas vezes lo veían llorar haziendo cestillas y capacios de palma, donde se entiende que otra cosa trataba en su entendimiento, que no lo que sus manos hazían.

219 (66)

Hallándose [de la penitencia] muy fatigado Martino, monge en el monte Massico de la Campania, hízose atar con cadena a un peñasco; estuvo assí algunos años. Entendiendo esto Sant Benito, envióle a dezir que no permitiese que la cadena de hierro la tuviese allí, sino la de Christo; a la hora se la quitó, pero nunca en toda su vida alargó más el paso de lo que la cadena solía abastar.

220 (67)

El abad Pacomio, cuando sentía su carne orgullosa, íbase descalço a passear entre breñas, çarças y abrojos, y volvía-se más alegre con sus pies y piernas de sangre vertida que había vencido su luxuria, que no doloroso de las heridas que traía.

221 (68)

San Francisco, sintiendo en sí gran desseo de casarse y tener hijos, saltó de la cama y púsose en oración; viendo que no aprovechaba, tomó unos açotes y, como hiriéndose fuertemente no se le passasse aquel desseo, saliose de la celda

y revolcose en la nieve desnudo. Después tomó de la nieve y, haziendo della muchos cuerpos como de personas, dixo a grandes voces:

—Francisco, Francisco, cata aquí tu muger, cata aquí tus hijos, cata aquí tus criados, o vístelos que no se mueran de frío, o dexa cuanto tienes y sirve al Señor.

222 (69)

En el mesmo año que se perdió Constantinopla aconteció en Castilla, en la villa de Promesla [Frómista], en la parrochia de San Martín, que es un priorato de la Orden de San Benito, siendo en ellas cura Fernán Pérez de Monje; había en ella un feligrés honrado, Pero Fernández Teresa, que a la sazón era mayordomo del hospital de Sant Martín y, por cierta desgracia, quemose el hospital; para rehazer este daño, tomó prestado de un judío, Matutiel Salomón, y no pudiendo pagar al plazo, fue descomulgado; buscó el dinero y pagó, y no pensó que era obligado a tomar absolución.

Estando enfermo, al punto de la muerte, y confessado con mucha devoción, queriéndole administrar el cura el Sancto Sacramento, nunca lo pudo desapegar de la patena. El cura muy turbado, hizo salir a la gente, pidiéndole dixesse algún peccado secreto y, como no lo tenía, pidió si estaba descomulgado; acordose de lo dicho, absolvióle, y con otra forma comulgole, y la otra quedó apegada hasta hoy.

223 (70)

También en Italia, en muchas partes, pero principalmente en Viterbo, que es en la Marca de Ancona, acaeció un grande milagro.

Estaba un sacerdote diziendo missa, y a la hora de recibir el Santo Sacramento estuvo dudoso si era aquella la verdadera carne de Nuestro Redemptor, y al tiempo que partió la Sagrada Hostia, cayeron muchas gotas de sangre que tiñeron gran parte de los Corporales, y hasta hoy las guardan en la iglesia de dicho pueblo.

Movido desto Urbano IV constituyó la fiesta que llamamos del Corpus Christi, después de la Pascua de Pentecostés.

224 (71)

Estando el santo Rey de Inglaterra, Edoardo, oyendo missa, le apareció el Señor con la misma figura que salió del vientre virginal, y muy alegre comenzó de vozear diziendo:

—¿No veis, no veis al Señor en manos del sacerdote?

Como este Rey era tenido por sancto, y algunos de la isla dudaban en el Sacramento, quiso el Señor que el Rey, a quien ellos tenían gran crédito, lo viesse, y con su palabra la fe de los vasallos se confirmasse.

225 (72)

Sant Gregorio comulgaba a una muger, y diziéndole:

—Hermana, veis aquí a nuestro Dios omnipotente, etc.

Ella tornose a reír. Escandalizado el sancto de tan poco seso, y pidiéndole de qué se reía, dixo ella:

—No he de reír, que la harina es de mi casa, y ¿quereisme porfiar que esta es Dios?

El sancto arrodillose, y rogó al Señor hiziesse milagro; assí, se convirtió en un pedaço de carne y, creyendo la muger, se convirtió en la hostia.

226 (73)

María de Ceñies, que después fue canonizada, muchas vezes oyendo missa vio en la hostia al Señor, niño, muy hermoso. Pero, ¿cómo es esto que a un mesmo tiempo y en un mesmo cuerpo veía esta sancta un niño y los otros el pan, o la hostia blanca?

A ella que era entre ellos por su buena vida tenida por sancta, se le mostraba el Señor, para que dudosos de su palabra creyessen, y creyendo lo que no veían mereciessen en el cielo lo que creían.

227 (74)

Santo Domingo, las más vezes que dezía missa, llegando a la consagración se arrobaba quedando yerto y sin sentido.

228 (75)

A Sant Onofre en el desierto, porque no tenía sacerdote, un ángel le venía a comulgar cada domingo.

229 (76)

Y al obispo de Bretaña, llamado Mayoro, el ángel le vino a comulgar, avisándole que de allí a tres días moriría.

230 (77)

Y a Faustino y Jovita, mártires, una paloma les truxo el Sancto Sacramento al tiempo que querían comulgar al caballero de Milán, llamado Secundo, que ellos habían bautizado.

231 (78)

Sant Honorato, obispo de Amiens, dezía missa, y al tiempo de sumir, arrobóse tanto en la contemplación de tan gran magestad que se tuvo por indigno de recibirle y, *la imagen de Jesús, que estaba en el altar, alargó la mano y se la puso en la boca.*

232 (79)

Estaba enfermo Banon en Gante, y era canónigo de sancta vida, y estando con gran desseo de la sancta comunión, envió por un clérigo devoto. El criado erró el camino, y un ángel le acompañó.

233 (80)

Desseando lo mismo Sant Ambrosio, y habiendo perdido la habla, Honorato, presbítero vercellense, durmiendo oyó tres veces:

— Levántate y ve a comulgar al obispo Ambrosio.

Sin saber quién lo llamaba, fue.

234 (81)

Sancta Magdalena en el desierto, a la hora de su muerte, envió por el obispo Maximino, y recibió el Sancto Sacramento.

235 (82)

Y Sancta Petronila le recibió del presbítero Nicomedes.

236 (83)

Y Sancta Lucía, en su martirio de fuego, y herida en el cuello de tres heridas mortales, nunca pudo morir hasta que el sacerdote le dio el Sancto Sacramento.

237 (84)

Honorato, abad del Monasterio Fundense, siendo fraile novicio mochacho, fue a comer con su padre y madre, pero no bastaron todos los convidados a recabar dél que comiese carne.

Dezía el padre, burlando con él:

— ¿No ves hijo que estamos en el monte, pues de dónde te traerán el pescado?

Apenas dixo esto, cuando el moço, que sacaba agua del pozo, se tornó a vozear:

— Miren, miren que pescado tan grande.

Con este milagro tuvieron por santo al moço.

238 (85)

Polemón, monge en el desierto de Thebaida, rogó a su compañero Pacomio que el día de Pascua aparejase más sumptuosa comida, el cual aparejó hortaliza con azeite y sal. Puesto ya Polemón en la mesa, sospiró y llorando dixo:

— Mi Señor crucificado bebió hiel y vinagre, y ¿yo comeré azeite?

Consolábalo el compañero diciendo que aquel regalo del azeite no se hazía

por él, sino por la fiesta, pero él no quiso comer sino pan con sal, y bebió agua, y dio las gracias.

239 (86)

Sant Pedro, después de la Ascensión del Señor, lo más de su vida no comió sino pan y azeitunas, y muy pocas vezes pan con hortaliza cozida.

240 (87)

Contando Sant Gerónimo a la virgen Eustochio los trabajos de sus monges, y cómo resistían a las tentaciones, dize:

—Callaré del manjar y del beber nuestro, pues aun los monges enfermos no beben vino y comer cosa cozida se tiene por luxuria.

241 (88)

Muriendo el abad Pambo confessó que desde el día que entró en el desierto no había comido pan, y no había cosa que le pesasse, y que moría como si agora hobiesse comenzado y no hobiesse hecho provecho alguno.

242 (89)

El abad Agathón llevó tres años una pedrezilla en la boca para aprender a callar.

243 (90)

Un monge llamado Paulo el Simple, preguntando una vez si nació primero Christo que los Prophetas, mandáronle que callasse, y no osó hablar en tres años.

244 (91)

El abad Pambo, oyendo a su maestro que le declaraba el psalmo 38: *Dixi custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea*, dixo:

—Basta esso, lo demás diré cuando habré cumplido esso primero.

Y passado mucho tiempo, como le preguntasse cómo no venía a lición, respondió:

—Porque no había acabado aún lo que había aprendido, y que el Apóstol manda: *Estote factores verbi, non auditores tantum*.

245 (92)

El abad Amós en el desierto de Scithia, dentro un monasterio, tuvo mil y quinientos frailes y, viniendo los estrangeros a ver la casa, era tanto el silencio que pensaban que no había fraile alguno.

246 (93)

Bien templaba su lengua Juan, obispo de Alexandría, pues de los ausentes que habían cometido algún peccado público, no sufría que dixessen mal, y cuando lo oía, luego le respondía:

—¿Qué sabéis vos, si después que se fue de aquí ha hecho penitencia?

Gran pecado es reprehender con desvergüença lo que el Señor ha perdonado con clemencia.

247 (94)

San Francisco sospiraba viendo un pobre desnudo; dixo el compañero:

—Padre, aunque lo veis tan pobre de vestido, quiçá está rico de concupiscencia.

A la hora le mandó quitarse la túnica y que se la dicesse al pobre para que le rehiziesse con el paño lo que con la lengua le había dañado.

248 (95)

El abad Daniel, por ruegos de un rústico fue a dar la bendición a su casa, para que la muger concibiesse, y los vezinos que en tantos años nunca la habían visto parir levantaron mala fama a fray Daniel; pero como hizo con sus oraciones que el mismo niño, nacido de quinze días, hablasse, nombrando quién era su padre, cobró su fama.

249 (96)

Lo mismo acaeció a San Briz, pariendo la lavandera de su casa, pero ni hablar el niño, ni llevar brasas en la halda aprovechó; mas a la fin muertos dos obispos successors, el Señor le volvió el obispado.

250 (97)

Silvano, obispo de Nazareth, castísimo, fue diffamado, tomando el demonio su figura y tentando a una señora honrada. Ella gritaba a sus criados, este púsose debaxo de la cama y a palos lo sacaron. El día siguiente viendo su infamia, y que lo andaban por matar, huyose a Bethlem, y llegando allí los que le querían matar, permitió el Señor que hiriessen a sí mismos.

Y una muger endemoniada llegando a la sepultura de Sant Hierónimo, fue causa que se volvió la fama a Silvano.

251 (98)

Effrén, solitario, muy sancto, tuvo en poco a Sant Basilio, porque lo vio muy ricamente vestido entre sus clérigos, pensando que la columna que en sueños viera de fuego, que llegaba al cielo, no era de caridad, sino de soberbia, y cuando vio que Basilio le acertó el pensamiento, pidiole perdón.

252 (99)

Al ermitaño que se engañó en lo mismo, dixo el Ángel:

—Más estimas tú la gatica de tu celda que Basilio essas honras.

253 (100)

El abad Moisés fue llamado para dar su voto contra un monge que había errado. Vino con su talego de arena a cuestras y dixo:

—¿Para qué me llamáis a dar sentencia? ¿No puedo llevar la carga de sus peccados, y queréis que entienda en los agenos?

254 (101)

Paulo el Simple, hallando a su muger con un adúltero, por no vengar el gran agravio que se le hazía, volvió las espaldas y metiose fraile, y fue discípulo del gran Antonio.

255 (102)

Machario, monge de Alexandría, picándole en el rostro un mosquito, dándose en el rostro, matole y, arrepintiéndose de la poca paciencia, fue seis meses desnudo por el desierto, dexándose morder a las abejas, moscas y mosquitos.

256 (103)

El abad del Monasterio Fundense a los que le hurtaron el rocín dixo:

—Tomad este açote con que le hagáis caminar.

Y después que llegaron a un río nunca pudieron passar de allí, hasta que volvieron al abad. Y diziendo él que no quería el rocín, a su pesar lo subieron sobre él y caminaron sin estorbo.

257 (104)

El fraile hortelano de dicho monasterio, conociendo que le hurtaban la hortaliza, mandó a una serpiente que guardasse el passo y, viéndola el ladrón, apartose y cayó en un çarçal colgado, donde el fraile rogó que le pidiesse de allí adelante, más no hurtasse.

258 (105)

Eustachio, romano, en grandes desdichas, segundo Job, perdiendo siervos, hijos, muger, nunca perdió a Christo. Passado mucho tiempo, cobró su muger un hijo que tenía un león y otro que un lobo le hurtaran cossarios, y pastores los habían criado, y la honra y cargo que solía tener en la Corte de Trajano, y a la fin en tiempo de Hadriano con todos fue mártir.

259 (106)

San Bernardo claravallense, el día que le hurtaron 200 libras de plata que le habían enviado para edificar el monasterio, dixo:

—De gran carga me libraron.

260 (107)

San Ambrosio, en casa del huésped que dezía que nunca había tenido desdicha y estaba tan contento, dixo a sus compañeros:

—Salgamos presto, que no está Dios en esta casa.

Y en saliendo, la casa se cayó.

261 (108)

Audomaro, ciego, cobró la vista con los huessos de Sant Vedasto y, rogándole que si no convenía a su alma se la quitasse, quedó ciego como antes.

262 (109)

El abad Pedro de Clarevall perdió un ojo en una enfermedad, diciendo:

—De dos enemigos libre soy de uno, y si los dos perdiera, ahorrárame dezir lo del psalmo 119:

—Domine averte oculos meos, no videant vanitatem.

263 (110)

Maiolo, abad cluniacense, era ciego y curaba con sus oraciones a ciegos y sordos, donde se vee que le convenía serlo, pues a sí mismo no curaba.

264 (111)

De una enfermedad que tuvo San Francisco siendo de 20 años aborreció el mundo, y dexando su avaricia y mercadería tomó la vida perfecta en que murió.

265 (112)

Llegó un enfermo a la sepultura de Sant Thomás, arçobispo de Cantuaria, y recabó salud. Después, pensando en el camino en ello, volvió diciendo:

—Padre, yo no sé qué he demandado. Yo me encomiendo en vuestros méritos y oraciones me recabéis del Señor lo que más conviene a mi alma; y luego le tornó la enfermedad.

266 (113)

Gaela, viuda noble romana, perdió el marido siendo muy moça y vino *ad tabificam scabredinem*; dixeron los médicos que si no se casaba, o moriría de aquella enfermedad o le saldría barba como a hombre; jamás quiso casarse y, si estuviera sana, quizá la edad y salud la volvieran a luxuria. Vino después a per-

der una teta ulcerada y, apareciéndole Sant Pedro, no le preguntó si curaría, sino si le eran perdonados sus pecados, y en ver que sí, murió muy alegremente.

267 (114)

Andragásina, casada por fuerça, rogó a Dios le dicesse una enfermedad con que se conservasse virgen. Quedó leprosa, y el que tanto la amaba, aborreciola. Metiose monja, y en ser professa estuvo sana.

268 (115)

Año 1558, en setiembre, hizo uno de Exea de los Caballeros ahorcar su muger por adúltera en Çaragoça, sin que bastassen ruegos de personas devotas.

Estábamos comprando unos libros, cuando la passaban por la Cuchillería; uno de la compañía sospiró muy alegremente, dixímosle si era pariente suya, dixo:

—No, pero ha veinte años que maté en Monçón a mi muger y a un clérigo sin confesión; tuve harto que hazer en huir de la justicia no me ahorcassen. Agora, ni el mundo se acuerda de mi hazaña, ni puedo sossegar de lo que hize. Y si yo la despidiera de mi casa, restituyéndola a sus parientes, o la encarcelara, o la tuviera cerrada en mi casa, conservara la alma della, dándole tiempo para penitencia, y mereciera que Dios me perdonara, pues yo perdonaba.

Cf. el núm. 5.

269 (116)

Dixéronle a Antísthenes:

—Platón dize mal de vos.

Respondió él:

—Regium est, cum benefecetis, male audire.

270 (117)

Dezía uno a Platón:

—Xenócrates dize mal de vos.

Respondió:

—No lo creo.

Porfiaba y juraba el otro.

Dixo Platón:

—Nisi expediret, non existimo istum talia dicturum.

271 (118)

Tenía Adriano un mortal enemigo, y en este tiempo fue elegido emperador de Roma, y andando por la calle topose con él, el cual se demudó mucho en el color del rostro. El emperador Adriano, riendo, díxole:

—¡Cómo te me has escapado!

272 (119)

Cicerón, airado por palabras de su muger contra Clodio, hizo cosas que después fue al destierro, y contra Antonio hizo lo que le causó la muerte.

273 (120)

El rey Creso perdonó la muerte de su hijo, porque sabía que Adrasto no quería matar a su hijo, sino al puerco javalín.

274 (121)

Estaba un mochacho de Lacedemonia herido de muerte, aconsolábanle sus compañeros, prometiéndole luego que topassen al otro, lo vengarían. Dixo él:

—No conviene nada de esso, porque si yo pudiera, lo que él me ha hecho le hiciera.

275 (122)

El rey Archelao, a sus amigos que le dezían que castigasse a uno que lo había mojado con mucho agua, dixo:

—No quería mojar a mí, sino a otro.

Assí conservó su honra y guardó la vida del otro.

276 (123)

Athenodoro, filósopho, enseñaba a su discípulo Augusto César, emperador de Roma, que cuando le tomasse la ira, ninguna cosa dixesse sin primero dezir todo el *a, b, c* de coro y muy atento, porque entretanto passasse la ira.

277 (124)

Charilao, rey de Lacedemonia, contra un esclavo suyo, dixo:

—¡Por Dios! Que te matara, si no estuviesse airado.

278 (125)

Cotis, rey de Tracia, recibió muy alegre unos vasos muy hermosos, y estrenó a quien se los traxo. Después quebró todos porque, según era airado, no matasse algún criado suyo cuando se los quebrassen.

279 (126)

El emperador César Augusto mandó quebrar todos los vasos de cristal de su huésped Vidio Pollión y henchir la piscina de tierra, porque delante él mandó echar un captivo suyo a la piscina porque había quebrado un vaso de cristal.

280 (127)

No desmayó Belisario, aunque se vio tan caído; este, después de haber librado a Italia de los bárbaros, vino a tan triste estado que en una choça pedía limosna, diciendo:

—Caminante, da limosna a Belisario, al cual la virtud engrandeció y la envidia cegó.

281 (128)

Amortajaba una muger devota a su marido, vínole la nueva que sus dos hijos que la habían a consolar se habían ahogado pasando un río, volviöse a un crucifijo, diciendo:

—Señor, cuán desembaraçada os serviré.

282 (129)

Lamón, el monge, fue electo obispo de Hierópolis y, como no le podían convertir a que aceptasse el cargo, vino el obispo Theóphilo a persuadirle.

Él, como tenía respecto a tan gran varón, pidió un día de tiempo para determinarse y, como temía de perder su alma en tan gran cargo, todo el día hizo oración rogando a Dios lo estorbasse y, a la puesta de sol, halláronle arrodillado... muerto.

283 (130)

Ammonio, discípulo de Dídimo, siendo electo obispo, cortose una oreja; con todo esto porfiaron que assí lo querían hasta que juró que se cortarí la lengua.

284 (131)

Dize [Sanct Gerónimo] que pidiéndole un sobrino consejo, si aceptaría un obispado, el viejo, con cierta invención, espantó al moço de tal modo que no quiso ser obispo.

Passados algunos años murió el moço, y apareció dando gracias a su tío del buen consejo.

285 (132)

Tomaron en medio unos salteadores de caminos a Sanct Hilarión, diziéndole:

—¿Qué harías si entre estos árboles te saliessen ladrones? ¿Espantarte hías?

Dixo él:

—El desnudo no teme ladrones.

Ellos, admirados, volvieron a preguntar:

—Si le quisiessen quitar la vida, ¿sí temería?

Respondió:

—Mortem non timet, qui paratus est mori.

286 (133)

Era Sant Cosme tan enemigo de riqueza, que mandó que no lo sepultassen con su hermano Sant Damián, porque, vencido de los ruegos de la dama Palladia, recibió un pequeño presente muy contra su voluntad, y por no enojar a la enferma a quien había curado.

287 (134)

Vino Orion, príncipe muy rico, a que lo curasse Sanct Hilarión, y viendo la buena obra que le había hecho, en sacarle una legión de demonios del cuerpo, ofreciöle muy gran thesoro, pero Sant Hilarión dixo:

—¿No te acuerdas cómo les fue a Gihezi y a Simón, que el uno vendía, el otro compraba la gracia del Espíritu Santo?

Respondió él:

—Pues, padre, tomadlo y dadlo a los pobres.

Dixo el santo:

—Mejor lo haréis vos, que andáis por las ciudades y conocéis los pobres. Yo dexé mi hacienda y ¿repartiré la agena?

Quedó el caballero muy triste, y echose en tierra muy pensativo.

Dixo el Santo:

—No te enojas, que en esto miro por ti y por mí. Podría ser que, aceptando yo tu dinero, el Señor se enojasse y volviesse en ti la legión de los demonios.

288 (135)

Al mismo santo, por otro milagro, ofrecíale un gentil hombre del emperador Constantino diez libras de oro, y él, mostrándole un pan de cebada que comía, dixo:

—Quien esto come, no estima el oro más que el lodo.

289 (136)

Sant Cirillo, en una carta que escribe a Sant Agustín, dize que había muy santas monjas en el monasterio de Thebaida, y que murieron todas en un día, que no escapó sino una, la cual contaba la causa de la muerte de las otras, diciendo cómo se habían cegado de avaricia, haziendo pagar cierto dinero a la que de nuevo entraba a tomar el hábito en aquel monasterio.

290 (137)

No cayó en esta codicia Sant Hilario, que a la hora de su muerte escribió a su discípulo Hesitio:

—Yo te hago heredero de toda mi riqueza, que es el Evangelio escrito de mi mano, una ropa de saco, cogulla y manto viejo.

Quien a esto llama su riqueza, poco le tirará el mundo, para no ir de buena gana al otro.

291 (138)

Acostumbraba el bienaventurado Sant Vicente Ferrer, cuando quería castigar su cuerpo, dormir sobre sarmientos; cuando le quería aliviar de trabajos, la mayor blandura que le daba era sobre paja. Cuando, para recibir visita estando enfermo, quería honrarle, lo ponía sobre un saco.

292 (139)

Hallándose en este triste passo [la muerte] Sant Hierónimo, mandó que le pusiesen en tierra y cubriessen con el saco con que iba vestido, comulgó con muchas lágrimas y abiertos los brazos dixo:

—Nunc dimittis servum tuum.

293 (140)

Sant Ambrosio, después de haber comulgado, inclinó la cabeza y tendió los braços en cruz y, rezando muy baxo, dio el espíritu. Quiso presentarse al Señor en aquella figura que Su Magestad había estado por nosotros en la cruz.

294 (141)

Sant Eusebio, discípulo de Sant Hierónimo, habiendo seguido en toda su muerte lo que a su maestro vio hazer, llegando ya el tránsito, alçó de súbito la cabeza, y con los ojos temerosos miraba a todas partes, y como furioso vozeaba:

—No haré, no haré; mentís, mentís.

Después volvió el rostro a tierra, y temblando gritaba:

—Ayudadme, ayudadme, hermanos, no perezca ya.

Ellos con gran temor y lástima le dixeron:

—¿Qué teméis, padre?

Respondió él:

—¿No veis entre estos demonios, aquel el más espantable me mueve a heregías y blasphemia?

Rogaron por él, apareciole Sant Hierónimo, y murió sosegado.